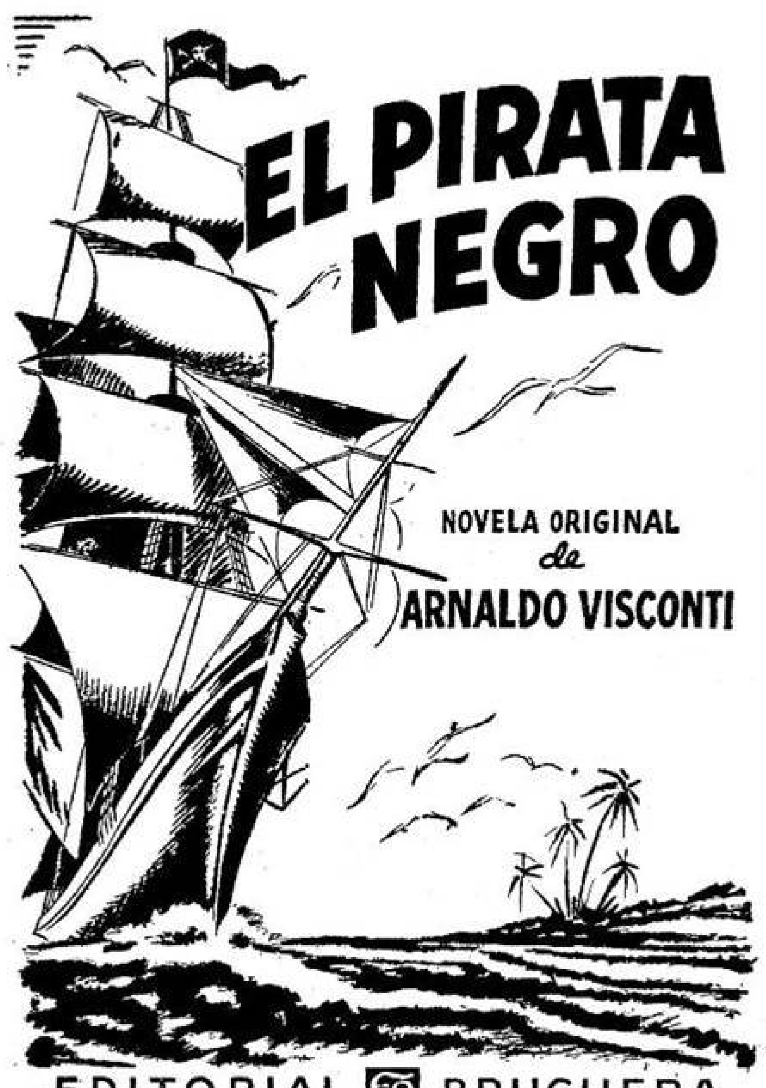
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE
UN EPISODI
COMPLET

3
PTAS

REBELION EN MARTINICA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Rebelión en Martinica

Colección El Pirata Negro n.° 10

Primera edición 1946

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA - Mora de Ebro, 92 y 94 - BARCELONA


REBELION
en
MARTINICA

CAPITULO PRIMERO

Gabrielle de Civry

Al atardecer de un riente día primaveral de abril del año de gracia de 1700, un esbelto velero maniobró hasta colocarse al pairo a unas tres millas del puerto de Marsella.

El vigía del fortificado castillo de If, donde se bailaban situadas las famosas prisiones del Estado francés, estipuló mentalmente que el velero que, agrandado por el anteojo, veía a tiro de cañón, debía ser un barco pesquero de los que habitualmente llegaban por esta época de la lejana isla nórdica de Terranova.

Se basaba para su apreciación en la agilidad maniobrera de los tripulantes, vestidos a usanza de los pescadores, y los supuso españoles, dado el nombre que en toscas letras se grababa en la madera de la proa: “Aquilón”.

No ostentaba insignia alguna, y las lonas que junto a las bordas de proa y costados cubrían grandes bultos le hicieron afirmarse en su idea: bajo las lonas habría el sobrante de bacalaos que no cabían en las calas.

Si hubiese sabido que las lonas encubrían cañones y que los ágiles pescadores eran piratas antillanos, en vez de abandonar su inspección y anotar brevemente en su libro de observaciones: “Al pairo un velero pesquero español”, habría corrido a colgarse de la cuerda del “tocsin”, la campana de alarma que habría puesto en conmoción no sólo a todos los artilleros del castillo de If, sino a toda la población marsellesa.

Pero ni él ni ningún otro marsellés habría imaginado tal sospecha, ya que no habría podido concebir que ningún velero pirata tuviera la osadía de colocarse a tiro de las baterías del castillo.

Si el vigía volvió a asestar su anteojo en el velero, no fue por suspicacia, sino meramente porque se aburría. Y vio arriar una lancha que, colgando por estribor, fue a posarse sobre el plácido mar. Contenía dos remeros, que fueron impulsando la lancha rectamente hacia el viejo puerto de "La Joliette", llevando como pasajeros a dos elegantes caballeros.

Uno, de tez bronceada y sobrias vestiduras negras, en las que destacaba el coleto de encajes blancos y la banderola amarilla del tahalí de la espada, debía ser español, dedujo el vigía. Y su ropa le identificaba con los mosqueteros españoles que en Francia ofrecían sus servicios al mejor postor.

El otro, rubio y corpulento, llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo, y vestía el clásico atuendo de capitán de los mosqueteros del Rey. Lucía un arrogante mostacho de enhiestas guías.

Y la última suposición del vigía fue que aquellos dos mosqueteros habían pedido pasaje en el velero pesquero. Se desinteresó ya de la lancha que estaba entrando en los muelles de "La Joliette" y siguió oteando el mar en busca de otras velas.

* * *

El pasajero de la lancha que vestía de negro fue el primero en saltar al desembarcadero bajo de "La Joliette" y aguardó a que su compañero pusiera pie en tierra.

Inclinóse para hablar con uno de los remeros, que sostenía la lancha, impidiéndola que se separara, asiéndose a un remache de hierro empotrado en las lisas piedras.

—Dile a mi segundo que largue velas mar adentro y que no aparezca por aquí hasta que transcurran diez días exactos, en que te aguardaré en ese mismo sitio. Hasta entonces, "Piernas Largas".

Y el Pirata Negro subió las escaleras del desembarcadero. En su brazo se apoyaba Jarnac de Lesperruy, que, valido de su categoría de capitán de los Mosqueteros Reales, abordó con marcialidad a un joven oficial corneta que paseaba por la Canebiere, la amplia avenida lindante con el puerto.

—Jarnac de Lesperruy os saluda, señor oficial—dijo el gascón, devolviendo el ondeo de chambergo con que respetuosamente le acogió su subordinado.

—A vuestras órdenes estoy, mi capitán. Pertenezco al

Regimiento Alpino, pero nadie desconoce en Francia a quien como vos lleva el sobrenombre de “la mejor espada” del reino. ¿Sufristeis accidente, mi capitán? —y al preguntar el corneta miraba el brazo en cabestrillo.

—Una estocada traidora de corso que ya nunca repetirá maldades. Pero os presento al hidalgo español señor Carlos Lezama, quien testigo fue de que el corso me atacó por la espalda.

—Honradísimo de saludaros, hidalgo—y el corneta ceremoniosamente inclinó la cabeza, llevándose al pecho el chambergo.

No menos ceremonioso fue el saludo del Pirata Negro.

—Vos, señor oficial—dijo Jarnac—, podréis tener la bondad de informarme dónde hallaríamos los mejores caballos de Marsella para los dos mejores jinetes que a la ciudad acaban de llegar. Nuestras bolsas no son parcas y pagarán montura sea cual sea su precio.

—Al final de la Canebiere, recto frente a vuesas mercedes, encontrarán el Picadero de Cría y Doma, donde están encajonados los más bravos brutos que pueden comprarse en Marsella.

Repitiéronse los ondeos de chambergo en despedida, y poco después, tras experta elección en el Picadero, los dos amigos emprendían a trote largo el camino de Lyón.

Relevaron por cuatro veces de caballo hasta llegar a la bifurcación de la carretera que por el Norte iba a París y por el viraje oeste conducía a Burdeos.

Y atablados ante bien guarnecida mesa, de cuyos manjares dio rápida cuenta Jarnac de Lesperruy, en el mesón del que partían las dos carreteras en bifurcación, Carlos Lezama, el Pirata Negro, pasóse el meñique por el fino bigote negro en gesto dubitativo.

—Vos tenéis que dar cuenta al Rey de vuestra triunfante empresa en la Isla corsa, Jarnac, y justo es que galopéis hacia París, para inmediatamente regresar junto a vuestra bella esposa. Pero también es lo natural que yo aquí os espere, en vez de aceptar vuestra invitación y dirigirme a pedir hospitalidad a la condesa de Kerdal hasta que volváis.

—Espero que no pretenderéis ofenderme, ¿no, hidalgo?—dijo fieramente el gascón, enderezándose con brusco golpe del pulgar su nutrido mostacho—. Y ofenderme es preferir un infecto mesón a la

tranquila paz hogareña del castillo de Kerdal.

—No os encrespéis, Jarnac — dijo, sonriente, el Pirata Negro—. Pero debo recordaros que si vos bondadosamente olvidáis mi profesión, yo no la olvido. Y para la condesa de Kerdal no es mi compañía la más apropiada.

—¡Voto al trueno!—bramó Jarnac. —¡Ahora es cuando más que nunca iréis en mi nombre a besar la mano de mi esposa! Vos sois y seréis siempre para la condesa y para mí el hidalgo español más caballeroso que por el mundo anda. ¿Que en el Caribe os llaman el Pirata Negro porque preferís los ropajes color de noche sin luna? ¿Que por mandar tripulación pirata tenéis la cabeza a precio? Vos no sois el pirata genuino, que es por lo general un cobarde y un asesino que mata despiadadamente porque las víctimas no hablan. Sois, y cuantos os han tratado así lo proclaman, el pirata excéntrico y romántico, y todos los corazones rebosan de simpatía por los aventureros que como vos han marchado a lugares lejanos y peligrosos, y desafiando toda autoridad han forjado con gran intrepidez su fortuna.

Y, acalorado por aquella desinusitada elocuencia, el gascón se bebió de un sorbo el contenido de una gran jarra de vino y limpióse los bigotes con el dorso de la mano, resoplando aún.

—Sois amable conmigo, Jarnac. Pero no podéis negar que soy un pirata.

—Lo que sois es un guasón que queréis encenderme la sangre, ¡voto a los calzones de Belcebú! Después de todo, los piratas como vos, y dudo que haya otro que os asemeje, son hombres, y como todos los hombres presentan una infinita variedad de lo que es la naturaleza humana. Si llamaros pirata es significar que sois hombre malo, yo soy otro pirata, porque soy hombre, como vos, a quien la lucha y el afán de sangre de asesinos es mi afán. Y, ¡qué diantre!, se acabó la discusión. Si no me queréis ofender cruelmente, haréis lo que os pido. Iréis, mientras yo cumpla con el Rey, a cumplimentar a mi esposa, la condesa de Kerdal, que estará inquieta por mi falta de noticias. Para la condesa, que ignorará siempre vuestra verdadera identidad, porque las mujeres no entienden de cosas de hombres, seréis siempre el hidalgo que ella conoció bajo vuestro verdadero nombre de Carlos Lezama, y sois un mosquetero español errante. Y no me chistéis, ¡qué diantre! Me basta con que sonriáis con esa

característica mueca burlona, que me gusta porque sé que es vuestra defensa contra el sentimentalismo. Y, ¡voto al diablo!, me habéis hecho hablar más largo y tendido que un leguleyo. Tengo la garganta como un papel de lija.

Y Jarnac de Lesperruy halló con eso pretexto para apurar otra jarra de vino.

* * *

Carlos Lezama cumplió a medias. A medias, porque sabía que con el anhelo de Jarnac para regresar de París y abrazar a su esposa, reventaría caballo tras caballo. Y el Pirata Negro, en cambio, mientras se dirigía a la aldea de Kerdal, lo hizo a trote corto y con frecuentes altos en el camino.

No porque la condesa fuera orgullosa o le fuera hostil, sino por todo lo contrario. La estimaba puramente como el ideal hogareño de esposa, y así lo había especificado varias veces a Jarnac.

Y además de su nostalgia íntima por la reposada vida idílica que se respiraba en la aldea de Kerdal, cerca de la costa bretona, no podía tampoco olvidar el fatal epílogo de su amor que en aquellos parajes había tenido lugar[1].

Calculó que Jarnac de Lesperruy llegaría a Kerdal al día siguiente, y por eso no demoró más el paso de su caballo, y pronto enfrentóse con el espléndido parque que, después del bosque, circundaba el castillo de Kerdal, en las afueras de la tranquila aldea del mismo nombre.

Y Leonie de Kerdal, la inteligente y bella esposa de Jarnac, reconoció desde la galería-mirador situada en lo alto del castillo la personalidad del jinete que entraba ahora en la alameda principal. Sabía que era el único amigo de su marido, y, agradecida a cierta caballerosidad del español que Jarnac le había contado después de la partida de Lezama años antes, fue con sincero gozo que le recibió, saliendo a su encuentro en el rellano del gran pórtico de entrada.

—Grata sorpresa es, caballero, veros de nuevo por vuestra casa —dijo, mientras Lezama besaba su mano y un lacayo llevábase el caballo a los establos—. Pero, ¡qué contrariedad! Mi esposo se halla en Córcega; le mandaré emisario especial para que se apresure en venir a reunirse con nosotros.

—Gracias, condesa, por vuestra amable acogida. Estoy en

condiciones de recompensar vuestra amabilidad, ya que soy portador de nuevas que os alegrarán. Mañana, o a más tardar pasado mañana, nuestro bravo Jarnac tendrá el inmenso placer de estrecharos entre sus brazos.

Leonie de Kerdal parpadeó con infantil alegría.

—Siempre dije, caballero, que poseéis dones mágicos. Acabáis de proporcionarme una gran felicidad. Y decidme: ¿está mi esposo fatigado o quejoso de su estancia en la isla de Córcega?

—Está quejoso de no poseer alas para poder cuanto antes llegar junto a vos. Y, hablando de alas; recibió un alfilerazo en el hombro... No, no os angustiéis...

—Es que vos llamáis alfilerazo a lo que nosotras entendemos por heridas horribles que debilitan—dijo ella, asustada.

—Os doy mi palabra que, aparte de su brazo izquierdo en cabestrillo, Jarnac se porta con los mismos ímpetus de siempre. Me jacto de tener buen apetito, pero frente a Jarnac en la mesa me temo siempre que me devore. Y galopa como una centella. No debéis, pues, inquietaros, condesa.

Leonie de Kerdal recuperó su brillante sonrisa plena de dulzura.

—Excusad mi puerilidad, caballero. A veces me siento importuna, pero no puedo remediar el querer con toda mi alma a Jarnac.

—Y el alma de Jarnac es vuestra por entero..., y ved que, a juzgar por su figura, Jarnac es portador de un alma cuya grandeza es inconmensurable.

Sonrió Leonie de Kerdal, pero de pronto frunció los labios.

—¡Soy una provinciana! — exclamó en tono lastimero—. Acabáis de llegar de un largo viaje, y os tengo en pie en la puerta, con total olvido de la más elemental regla de hospitalidad. Dignaos tomar posesión del hogar que sabéis se honra con vuestra presencia.

Cruzado el lujoso vestíbulo, donde un lacayo recibió de manos de Lezama su capa, chambergo y espada, Leonie de Kerdal le precedió en un lindo saloncito. Sentada al fondo de un diván, una mujer de unos veinte años, vestida con extremada elegancia algo chillona y ostentando una monumental peluca que empequeñecía su rostro delicado, irguió el esbelto cuello, cuando Leonie de Kerdal, acercándose, presentó al visitante.

—Querida Gaby: he aquí el señor Carlos Lezama, el hidalgo

español del que tanto y tan amistosamente habla mi esposo.

—Os saludo—dijo ella secamente, con breve inclinación de cuello.

—Rendido a vuestros pies—dijo el Pirata Negro sin mucha convicción, porque sentía una instintiva antipatía hacia la engallada joven.

—Gabrielle de Civry — explicó la condesa a Lezama, mientras ambos se sentaban, ella al lado de la desconocida y él frente a las dos—es una perfecta parisina, y no tiene reparos, ella que es la dictadora de la moda en la corte real, en venir a aburrirse aquí en Kerdal siempre que efectúa algún viaje.

—Mi buena Leonie—dijo la parisina con acento protector—, bien sabéis que vuestra amistad la considero preciosísima.

Sintió Lezama que aumentaba en un grado su antipatía instintiva.

—Quien a la condesa conoce—dijo— no puede olvidar nunca que ha conocido a la más acabada perfección de esposa y a la más excelente de las damas francesas.

—Habláis con bastante corrección el francés, caballero—dijo Gabrielle, arqueando las cejas con benévola condescendencia.

—Intentaré mejorarlo oyéndoos, señora—replicó, sonriente, Lezama.

Un mayordomo vino a anunciar que una visita aguardaba en el salón.

—Excúsenme — rogó la condesa—. Es una vieja amiga, algo sorda la pobre, y me dedica un cuarto de hora todos los viernes.

Al quedar solos, Gabrielle de Civry avanzó el labio inferior en mueca levemente desdeñosa.

—La buena Leonie tiene una paciencia sin límites y abusan de ella todas las pueblerinas de esa aldea. ¿Por qué me miráis tan fijamente?

—Me maravilla la prodigiosa habilidad capilar que lucís, señora. Es peluca la que lleváis que sólo una dama elegantísima puede ostentar con la gracia que vos tenéis.

—Os quedo agradecida — dijo ella con fatuidad—. Impuse esa moda últimamente, y veo que sois entendido en elegancias, porque es cierto que pocas son las mujeres de París que han sabido llevar con distinción la “corbeille”, que es el nombre de ese adorno.

¿Conocéis París?

—Tuvo París el honor de albergarme hace tiempo.

—Habréis trastocado los términos, caballero—dijo ella orgullosamente—. Creo haber entendido mal.

—Dije que París tuvo el honor de albergarme tiempo ha.

Ella miró con altivez a aquel bronceado individuo que osaba decir que “la capital del mundo” se había honrado dándole hospitalidad.

—¿Sois embajador del Rey de España? ¿O descendéis del Príncipe de las Letras el hidalgo Miguel de Cervantes? — preguntó ella sarcásticamente, irguiendo aún más su hermoso cuello.

—Un embajador representa siempre a otro más grande que él, y como Cervantes sólo hubo uno... Soy más que embajador, porque me represento a mí mismo, y con Cervantes tengo la semejanza de que como yo sólo hay uno.

—¿Os ofendería si os dijera que no pecáis de modesto?

—Lo que me ofendería es que me llamaran hombre modesto.

Gabrielle de Civry, habituada a la “causerie”, el arte de conversar en salones parisinos, siguió esgrimiendo el florete de la ironía.

—Nunca tuve el inigualable honor de que un caballero español me dirigiera la palabra. Deberé esa insuperable gloria a la buena Leonie.

—La señora condesa no tiene reparos en obsequiar a sus invitadas.

Y Carlos Lezama disfrutaba, porque sabía que exasperaba a la joven, cuyos afectados ademanes y cuya soberbia le irritaban.

—En París, caballero, pretenden los que han viajado que nada iguala al orgullo español. Yo no lo creía...—e intencionadamente hizo ella una pausa—. ¿Conocéis la anécdota del hidalgo que al salir a la calle se colocaba unas migajas de pan entre su poblada barba?

—La conozco. El hidalgo no comía, pero no quería que nadie lo supiera, y las migajas que enzarzaba entre sus pelos constituían las motas blancas del mejor de los blasones. Habría podido acallar las protestas de su estómago vacío tendiendo la mano, pero un español no pide limosna, y prefiere morir de hambre con la diestra en la empuñadura de la espada y la zurda sosteniendo el clavel que su

amada le ha dado.

—En Francia, un caballero no acepta claveles si joyas no puede dar.

—La española considera mejor joya un piropo a tiempo y una trova a la luz de la luna. Pero vos sois la dictadora de la moda; no pequéis, pues, de falta de originalidad.

“Pecar de falta de originalidad” es quizá el peor insulto para una parisina, y Gabrielle de Civry ostentó una llamita en sus dos pupilas de un personalísimo color azul violeta.

—Vos que tan original parecéis, indicadme en qué he pecado.

—Es costumbre gregaria, convencional entre dos personas de distinta nacionalidad o región, llegar pronta a la discusión de los mayores méritos o defectos de cada una de sus respectivas patrias, grandes o chicas. Y vos no querréis que os tilden de gregaria, ¿verdad, señora?

—Empleáis locuciones más selectas de las que corresponden al ropaje que lleváis. Vuestras botas y el coleto de encajes son de mosquetero español, de caballero de fortuna, que errante en busca de luchas y emociones se despreocupa de cultivar su espíritu, atendiendo sólo a conservar la dureza de sus músculos.

—Unos momificados señores de la antigüedad dijeron: “Mens sana, in corpore sano”. En lo que puedo, sigo el consejo, y leo cuando mi brazo descansa. De la sabiduría de los demás, algo siempre queda.

—Lástima que no nos conociéramos en París, en mis reuniones del martes. Doy por seguro que habríais divertido mucho a mis contertulios.

—Seguro también lo hago. Se habrían divertido mucho..., aunque me supongo que les bastaría con ver vuestra capilar azotea.

—Os deslizáis, señor hidalgo—dijo la parisina con mordaz desdén—. Vuestra referencia a mi peluca no es del mejor gusto y carece en absoluto de galantería.

Carlos Lezama adquirió un semblante de total inocencia.

—Me duelen vuestros reproches. ¿En qué me deslicé?

—Al suponer que alguien pueda divertirse con mi peluca.

—Entonces fuimos dos a deslizarnos, puesto que supusisteis que alguien podía divertirse conmigo.

Gabrielle de Civry despidió otras dos llamitas azul violeta al

mirar al recién conocido.

—Interpretasteis mal, caballero. Divertirse puede ser a veces pasatiempo que honra a quien lo inspira; en ese sentido os conceptué divertido.

—Excusadme, entonces, dado mi desconocimiento de los intrincados matices del habla parisina.

Entró Leonie de Kerdal y la conversación se generalizó, alejándose del peligroso sendero por el que se había iniciado.

Por la noche los ámbitos del palacio resonaron con el vozarrón de Jarnac de Lesperruy, y Gabrielle de Civry se ganó un aumento de antipatía por parte del Pirata Negro, a medida que éste fue viéndola examinar con majestuosa desaprobación que alentaba en el menor de sus afectados ademanes, los modales carentes de exquisitez cortesana, pero rebosantes de lozanía y vigor del mosquetero gascón.

CAPITULO II

Un comensal apurado

A primera hora de la mañana del día siguiente a la llegada de Jarnac y Lezama, ambos amigos dedicáronse a montar potros escasamente desbravados que repelían aún el contacto de la silla de montar.

Y el rudo ejercicio peligroso les hizo sentarse bajo un emparrado cercano a las caballerizas, y, apurando sendos jarros de espumosa sidra, aplacaron la sed y mitigaron el sudoroso calor que perlaba de sus rostros.

—Y el Rey me dijo: “Jarnac, con la desaparición del corso maldito ha terminado la protección que los mismos genoveses me pidieron concediera a la isla corsa. Y en Génova tu nombre es ya famoso”. Naturalmente, tuve que recordarle respetuosamente al Rey que mi nombre es famoso en Europa entera, y lo admitió de buen grado. Pero tuve que pinchar a un mequetrefe cortesano que osó decir que mi brazo izquierdo estaba descoyuntado de tanto asirme de los brezales corsos corriendo tras pastores de ovejas. Le coloqué el brazo en cabestrillo, y el Rey me dijo que me amaba mucho, pero reconocía que no servía para vivir en la Corte.

—Creo que si el Rey me conociera diría lo mismo de mí.

—¡Oh, no! Vos sois, cuando queréis, un prototipo de elegante caballero de parla florida.

—Me temo que no es esa la opinión de vuestra invitada Gaby.

Jarnac de Lesperruy se propinó dos sonoras palmetadas en el muslo, y su carcajada hizo relinchar a varios caballos.

—Contadme, contadme. ¿Qué ocurrió?

—Con finura me llamó “bufón jactancioso”, y yo insinué que su peluca debía suscitar oleadas de hilaridad entre la gente sensata.

Esta vez las carcajadas del gascón provocaron coces en los establos.

—¡Excelente, excelente!—dijo al fin Jarnac—. Entre nosotros, Carlos, os diré que la amiga de mi esposa me tienta enormemente.

—Fea cosa me decís, Jarnac, si fea es la tentación.

—Tengo que dominar la única mano de que ahora dispongo por unos días, para no asirle la peluca y emplearla de almohadón para sentarme. Me da grima que una muchacha tan linda y joven se emperifolle como una vieja coqueta. Si fuera hija mía le lavaba la cara, le dejaba sueltos los cabellos propios y le atizaba azotainas cada vez que me hablase de la moda, de los miriñaques y de los corpiños-coraza. Es huérfana y rica, y se le subieron a la peluca los humos desde que en un baile corte el que llevaba el cotillón la proclamó la mujer más elegante de París. Y sabed una cosa: me da grima porque Gaby es bondadosa y de noble carácter, pero la Corte la está echando a perder.

—¿Sabéis lo que más me molesta en ella, Jarnac? Que nos mira a los tres con un aire de superioridad aplastante que me hace siempre temer que llevo los calzones rotos o que me he sonado con los dedos.

—¡Bah! Es la usual manera de mirar de los cortesanos de París. El último berrido de la moda. Quien no es parisino, es un pobre ser que debe inspirar honda compasión. Pero creedme: Gaby es una muchachita honesta y buena a carta cabal..., pero me dejaría cortar un dedo con tal de que ella me permitiera tirar su peluca al río.

Al mediodía, mientras el almuerzo era servido, Gabrielle de Civry fue cantando las excelencias de París, y apenas mordisqueaba los suculentos y exquisitos manjares. Jarnac callaba y devoraba concienzudamente. Sólo habló una vez.

—Comed, Gabrielle, que si seguís enflaqueciendo dirán en la capital que la condesa os ha hecho ayunar.

—Viéndoos comer, mi buen Jarnac, no podré enflaquecer—dijo la muchacha con petulancia—. Además, la marquesa de Saint-Cyr está de acuerdo conmigo en que la línea esbelta es la que mejor ayuda a vestir con distinción. ¿Opináis como yo, caballero?—preguntó a Lezama.

—Vuestra esbeltez está por encima de todo elogio. No hay palabras humanas que plasmen la poesía de vuestro talle.

—Gracias, caballero. Casi me resultáis simpático cuando del español exhibís la cortesanía. Y lamentaré privarme de tan agradable compañía hasta mi regreso de la Martinica.

—¿No sabíais, Jarnac, que nuestra Gaby se nos ha revelado de pronto como la más audaz de las viajeras? —dijo Leonie con sincero pasmo.

Jarnac de Lesperruy, que luchaba con un cuarto de pierna de ternera, emitió un gruñido que podía interpretarse como se quisiera.

—Mi buena Leonie—dijo la parisina sonriendo con benevolencia —, viajar instruye, y toda mujer que se estime, ha de conocer el mundo. Además, tened en cuenta que en La Martinica residen mis tías, a las que hace muchos años no he visto. Y París empieza ya a hastiarme—dijo con ademán displicente.

—Pero, ¡un tan expuesto viaje por mar! Aquellas Antillas están pobladas de seres inmundos y bestiales llamados piratas—dijo Leonie estremeciéndose sólo ante aquel pensamiento.

Jarnac de Lesperruy emitió una serie de ruidos cavernosos al atragantarse. Carlos Lezama amistosamente le palmoteo la espalda para ayudarle a ingerir. Leonie se levantó para ofrecer amorosamente un vaso de vino a su amado esposo. Y Jarnac de Lesperruy, con el rostro rubicundo, examinó de reojo la burlona sonrisa de Lezama mientras bebía.

—No hay que exagerar, Leonie, cariño mío—dijo Jarnac—. ¿Tanto miedo te infunden aquellos... salteadores marítimos que tan lejanos están?

—Si con vos viajase Gaby, a nada le temería, Jarnac. Pero daos cuenta que Gaby persiste en ir sola.

—Naturalmente—replicó la parisina—. Tomaré pasaje en un galeón armado francés, y hasta os confesaré que sería interesante que me viera frente a frente con algún pirata.

—¡Oh¡—exclamóse Leonie de Kerdal—. Sólo pensarlo me coloca al borde del desvanecimiento. Si ante mis ojos se presentase un pirata, creo que del temor me moriría.

—¡Bah, bah, amorcito mío!—reprochó Jarnac más colorado que nunca. —Al fin y al cabo los piratas son seres de carne y hueso y no llevan rabo ni pezuñas.

—¿Acaso los defendéis, mi buen Jarnac? — preguntó Gabrielle —. Es mi convicción que todos los piratas, sin exceptuar ninguno,

son los canallas más despreciables que imaginar puedo.



—¿Acaso los defendéis, mi buen Jarnac?

La croqueta de ave que Jarnac empezaba a masticar con fruición, tuvo que ser ingerida entre palmoteos de Lezama y otro vaso de vino que solícita ofreció la condesa.

—Por favor, Gabrielle—dijo Jarnac—.Variemos de conversación, porque... creo que molesta a mi esposa, ¿verdad, Leonie? ¿Verdad que no te gusta que hablemos de esos... seres de las Antillas?

—Al contrario — rebatió Gabrielle. —Mi buena Leonie si habla

de esos bandidos groseros y venenosos es porque me quiere inculcar temor al viaje, que nada ni nadie me impedirá realizar. Y ya os digo, que sería un buen objeto de conversación a mi regreso a París, si pudiera citar algún pirata que yo tuviera el placer de ver colgar.

—Tengo entendido, señora, que los mares americanos ofrecen muchos ejemplares de esa odiosa fauna piratesca—dijo el Pirata Negro.

—¿Poseéis, acaso, una mentalidad de provinciano?—preguntó desdeñosamente la parisina—. Viajar, sea en la latitud que sea, ofrece peligros, pero es precisamente esa cualidad la que acrecienta el interés.

—¿Sabéis una verdad, Gabrielle? —inquirió Jarnac—. De diez galeones que van a las Antillas, cinco son abordados o salen malparados por los ataques de filibusteros, corsarios y piratas. Yo quisiera convenceros de que desistierais de ese viaje. ¿Me acusaréis de ser también un miedoso provinciano?

—En un galeón defendido por cien soldados franceses, estaré más que segura. Y os agradezco vuestra inquietud; demuestra que me tenéis aprecio, mi buen Jarnac.

—Tanto os aprecio, que os propongo algo mejor que viajar insegura en un galeón defendido por asalariados que se convierten en conejos cuando aparece un pabellón pirata. Ved mi amigo: ha de regresar a las Antillas por motivos mercantes y posee un ágil velero artillado que no lo hay más veloz, y con él llegaríais sana y salva a La Martinica. ¿Os molestaría, Carlos, llevar como pasajera a nuestra amiga Gabrielle?

—Para mí, personalmente, sería un alto honor—dijo el Pirata Negro, deslizando una mirada poco amable en dirección a Jarnac, que ostentaba un semblante tranquilo—, pero mi velero no reúne condiciones del lujo a que la señorita de Civry está acostumbrada. Mis tripulantes son toscos, y mi sala capitana, nada tiene de parecido con la fastuosa camareta de un galeón.

Gabrielle de Civry, como huérfana rica y habituada a que todos se inclinaran ante sus caprichos, juzgó el colmo de la impertinencia que un “mosquetero e improvisado navegante español” se atreviera a rehusar el alto honor de tenerla a ella como pasajera.

—Yo sé que si mi buen Jarnac ha sugerido vuestro barco, señor —dijo con altivez—, es porque lo juzga mejor que un galeón para

mi seguridad. Por lo tanto, os agradecería que me dijerais si tenéis algún motivo personal para denegarme pasaje.

—Por servir al caballero Lesperruy haría cualquier cosa, y por tan linda dama como sois, en mí halláis rendido esclavo. Me he limitado a exponer que mi velero tiene inconvenientes como cómodo transporte de damas.

—Si mandáis en él, por más toscos que sean vuestros marinos, estaré tan a salvo como en un galeón. ¿Qué precio ponéis a mi transporte?

Carlos Lezama hizo un gesto dubitativo y se levantó.

—Solicito vuestra venia, señoras, para discutir con el caballero Lesperruy. No tengo idea de qué precio debo pedir, y él me ilustrará. ¿Venís unos instantes al jardín, caballero Lesperruy?

En el jardín, y alejados de todo oído, el Pirata Negro se detuvo ante su amigo y, colocándose los puños en las caderas, le miró con el ceño fruncido aunque sonriendo.

—¿Tenéis noción de lo que es eso que llaman sensatez, caballero Lesperruy?—preguntó con seca entonación.

—¿Por qué me llamáis “caballero Lesperruy”? ¿No soy para vos, Jarnac a secas?

—Os estoy diciendo que si sabéis lo que es sensatez. A fe mía, caballero Lesperruy, que dudo poseáis un adarme de sentido común. ¿Cómo se os ha podido ocurrir tan peregrina y absurda mentecatez? ¡Ofrecerle mi barco a una damisela empiringotada!

—¿Os molesta llevarla de pasajera?—preguntó compungido Jarnac.

—Pero, ¡rayos y truenos!, ¿no comprendéis que no es el “Aquilón” la nave apropiada para conducir a “mademoiselle” de Civry, la dictadora parisina de la moda?

—Es la única nave de todas las flotas del mundo entero en la que Gaby llegará sana y salva a las Antillas. Y la aprecio, pese a sus ridiculeces de niña consentida, y es por eso mismo que os la confío, porque bajo vuestra tutela ningún peligro la acecha.

Y era tan honda la convicción del gascón, que Carlos Lezama sintióse hondamente conmovido, aunque no lo exteriorizó, sino que frunció aún más el ceño.

—Mereceríais, caballero Lesperruy, que, apenas zarpase el “Aquilón”, cogiera yo a “mademoiselle” de Civry y su peluca y

arrojara ambas cosas a la mar.

—Hacedlo con la peluca, si tal es vuestro placer. Pero en todo el orbe no hallará Gaby caballero más completo que vos, Carlos. Bien, ahora volvamos a yantar; porque con la primera conversación me pusieron las dos en apuros, y no he saciado mi apetito.

—Apuro, el que vos habéis creado, pero en fin, caballero Lesperruy, discutir con vos es lo mismo que discursear con tercas tapias.

Gabrielle de Civry, cuando vio entrar a los dos amigos, arqueó las cejas en interrogante ademán.

—¿Habéis ya decidido, capitán Lezama, el precio de mi pasaje?

—Cuando os desembarque sana, y salva, os pediré como pago un simple favor que estará en vuestras manos. Mientras, concededme el honor, como amiga que sois de la señora condesa y por el aprecio en que os tiene y yo tengo al caballero Lesperruy, de consideraros invitada a mi bordo.

—En nombre de mis buenos amigos, os agradezco tal gentileza.

Pero el tono de la parisina era frío y quería significar que sólo Jarnac y Leonie de Kerdal consentía en “rebajarse” a aceptar la invitación del “orgulloso” español.

CAPÍTULO III

Proa a la Martinica

Cuatro días después, Gabrielle de Civry, apoyada en el antebrazo del Pirata Negro, que seguía vistiendo el atuendo mosquetero, olisqueó con reprobación el aroma salino que desprendíase de la cubierta del "Aquilón", donde, sin orden ni formación, pero descubiertos y .en pie, los cincuenta piratas miraran en silencio a su jefe y a la elegante y empelucada visitante.

—¿Algo ofende vuestro sensible olfato, señora?—preguntó el Pirata Negro con amable cortesía.

—Percibo un aroma para mí desconocido. Supongo que sabré soportarlo.

—La limpieza en el mar suele hacerse empleando agua salada y jabón de brea. Y mis marinos ejercen tarea ruda por lo que transpiran copiosamente. Respiraréis más a vuestra conveniencia usual, honrándome tomando posesión de vuestro provisional alojamiento en la sala capitana.

En el lujoso camarote que un día fue amueblado para Jacqueline de Brest[2], Gabrielle de Civry se dignó aprobar la estancia.

—Impera el buen gusto en esta sala, señor Lezama. Os felicito.

—Quedo conmovido ante tanta bondad, señora. ¿Deseáis efectuar vuestras comidas en esta misma antesala?

—Os transmitiré mis órdenes por mediación del criado que destinéis para mi servicio.

—Como mandéis. A vuestros pies.

En el puente, el Pirata Negro dio la voz de largar velas rumbo al Atlántico, y cuando ya el "Aquilón" alejábase mar adentro y el puerto de Marsella borróse en el horizonte, silbó de la manera especial que significaba "reunión en cala".

Menos el vigía y los hombres de turno en el servicio de vela, todos los demás descendieron a la cala, en cuya escotilla de entrada quedó un pirata apercibido para que avisase si por azar se presentaba la “pasajera”.

El Pirata Negro quedó en el amplio círculo formado por la tripulación. Y en sus labios reía la sonrisa afectuosamente irónica que le distinguía cuando les hablaba.

—Heme convertido en hostelero, por imperativos de amistad. Ignorante de que somos una recua de alegres bribones, la dama no puede vernos luciendo nuestro ropaje de mar. Seguiréis, pues, vistiendo como honestos pescadores, y siempre que ella pasee por cubierta, cerraréis los picos para no ofender sus oídos como antes ofendisteis su olfato. No os quiero obligar a que os lavéis, que bastante sacrificio será que os calléis.

Y si algo os preguntase, los pocos de vosotros que francés sepan, atestiguarán que somos mercantes que a puerto español vamos. Podéis subir de nuevo a cubierta. Tú quédate, Diego Lucientes.

Un manco alto y pelirrojo, de rostro abierto y truhanesco, quedóse frente al Pirata Negro.

—Eres hombre de letras, bachiller, y tienes buena presencia, juventud y modales. La dama pide lacayo, porque a bordo se cree de un mercante. Si tu medio brazo izquierdo me diste, ¿puedes ahora sacrificar tu orgullo y llevarle a ella bandejas?

—Antes dijiste que por imperativos de amistad, sacrificaste tu orgullo de jefe libre, convirtiéndote en hostelero. Bien puedo yo por ti inclinar el espinazo ante la damisela.

—Es que no me basta, madrileño. Deberás también sacrificar tu garganta y guardarte de adorar a Baco con exceso.

—Es ella lo suficientemente bonita para que yo no necesite beber más que el embriagador perfume de su arrogante feminidad. Pero—y el antiguo estudiante sonrió—debo advertirlo, jefe, que tiré mi peluca por la borda el día que preferí airear mis rojos cabellos. Ella me parece amante de los adornos capilares. ¿Deberé bucear registrando el fondo de los mares en busca de mi difunta peluca?

—Que la llama de tus cabellos no prenda en tu romántico temple, Diego Lucientes. Y vete ya a presentarte ante ella como el más perfecto de los mayordomos marítimos. Sé que eres un truhán, pero inteligente y correcto, aunque a veces logres superarme en

desfachatez. Pero me tranquiliza el saber que ante las damas me iguales en caballerosidad.

Gabrielle de Civry sentíase impaciente ante la tardanza de su “criado”, y cuando oyó repiquetear unos nudillos en la puerta de su antesala, habló con voz imperativa:

—Entrad.

Diego Lucientes realizó una excelente imitación del saludo respetuoso que había visto emplear a los lacayos de casas señoriales.

—Vuestro servidor, señora—dijo en claro francés, aunque muy acentuado en desinencias españolas.

—Has tardado mucho. ¿Cuál es tu nombre?

—Diego Lucientes. Nacido en Madrid, veinticuatro años y hombre de mar.

Ella le miró en silencio. Veía un hombre alto, de anchos hombros y piernas delgadas, vestido con sobria y desaliñada elegancia. Fijóse en el cabello rojo y en la boca grande; en conjunto, pese a que carecía del antebrazo izquierdo, tenía un aspecto atrayente, aunque osado.

—¿Dónde perdiste el brazo, Diego?

—Maniobra de mar. Pero soy hábil con el único que me queda, señora.

—Hoy, cada dos horas, me traerás tisana de hierbas, porque es posible que sufra ligero mareo. No comeré ni beberé nada más.

—Me veis infinitamente confundido, señora. Carecemos en cocina de hierbas..., dado que el mareo no se presenta en el “Aquilón”.

—En mi alcoba hallarás mi equipaje. Registra el saco bordado de azul y encontrarás en su interior un frasco de esencia inglesa. A falta de tisana, me bastará, pero no olvides para el futuro que otros pasajeros pueden pedirte tisana.

—Remediaré esta grave omisión, señora.

Mientras Diego Lucientes registraba el saco, mentalmente dedicaba epítetos escasamente propios de su anterior lenguaje, a las hierbas y a la imperativa muchacha. Regresó, sosteniendo delicadamente un largo frasco de rico cristal tallado y plateadas ornamentaciones.

Gabrielle de Civry aspiró con deleite el perfume.

—Puedes irte, Diego. Pero no te alejes más allá de la cámara de entrada, por si te necesito. ¿Qué otros pasajeros van a bordo?

—Vuesa merced es la única pasajera, señora.

—Espero que tu capitán será caballero que sepa imponerse a la tripulación. No soy gazmoña ni temerosa, pero he creído observar que no todos los marineros poseen rostros honrados. Algunos hay con cicatrices horrendas y expresiones de bandido.

—Los hombres de mar sufren accidentes. Pero si hay en todos los mares un capitán que merezca tal nombre, es sin duda alguna mi jefe.

Las reflexiones de Gabrielle de Civry, al quedarse sola, tomaron distintos cauces. Pero con más frecuencia de la que hubiese querido, se representaba a su mente la figura de Carlos Lezama.

Aquel hombre, de erguida talla y de elástica musculatura delgada y fibrosa, de perfil de halcón, de mirada soberbia y burlona, y de movimientos suaves y felinos, la imponía un secreto temor. Sentimiento contra el que vanamente quería luchar, atribuyéndolo a impresión irrazonable y sin fundamento.

Si “el mareo no se presentaba en el “Aquilón”, se presentó para visitar a Gabrielle de Civry, que por espacio de seis días no salió de su camarote y recibió de muy buen grado, procurando conservar la posible dignidad, las atenciones de Diego Lucientes.

Empleó otros cinco días más en reponerse, comiendo ligeramente pero con buen apetito, las bien condimentadas pechugas de pollo y los substanciosos caldos que el madrileño la servía.

La monumental peluca había quedado arrinconada, y ahora lucía más bonita la parisina con su espléndida melena rubia desparramada en libre cascada sobre los esbeltos hombros torneados.

—Hoy me siento ya mejor, Diego. Acompáñame a dar un paseo por cubierta. Necesitaré el apoyo de tu brazo.

Sólo veíase la gran extensión del mar en el que la nave trazaba un blanco surco de espumas, tensas las velas y cortante la proa.

De pronto, Gabrielle de Civry retrocedió con una exclamación de asombro, y asustada oprimió el único brazo de Diego Lucientes. Sin habla, sus ojos no se apartaban del extraño grupo formado por el Pirata Negro, que en el castillete de proa, apoyaba su puño en la

achatada cabeza fiera de un leopardo majestuoso.

—No temáis, señora—la tranquilizó Lucientes—. Es el “gato” de mi jefe; lo crió de cachorrillo y no se separa de su lado cuando a bordo está. “Satán” nos desdeña a todos y, si bien reconozco que sus colmillos son pavorosos, nadie corre peligro. Todos nos hemos acostumbrado ya a acercarnos sin temor cuando “Satán” está junto al capitán.

Dominó la francesa el imperioso deseo de correr que sentía, cuando el Pirata Negro vino hacia ella, y el leopardo, sin ni siquiera mirarla, sentóse sobre sus cuartos traseros, junto a las botas de Lezama, al éste detenerse y saludar en breve reverencia a la viajera.

—Habéis elegido un buen día para honrar mi cubierta, señora. Luce el sol sus galas y el mar resbala liso como un terciopelo, besando el casco del “Aquilón”. ¿Tenéis alguna queja que darme? ¿Todo está a vuestro gusto?

—Os agradezco la amabilidad. Jarnac tenía razón al asegurar que vuestra nave era veloz. Puedes retirarte, Diego. Aceptaré el brazo de tu capitán—y cuando se hubo alejado el ex estudiante, añadió ella—: No es mal servidor el que me habéis destinado. Creedme que siento que tan joven esté mutilado.

—No se lo digáis, señora. Y no es un mutilado, porque con la espada en la mano vale por diez. Perdió su brazo por valiente.

—¿Espada en mano? ¡Ah, cierto!, un barco mercante debe, quizás a veces, luchar en parajes como los que citaba la buena Leonie. Pero, en todo el horizonte no se distingue un solo atisbo de pirata—sonrió ella.

—No lo digáis en voz muy alta— replicó el Pirata Negro, burlón.

—¿Por qué?

—Es ley de mar, señora, que nunca debe citarse aquello que no es de desear, porque la brisa salobre susurra el eco de vuestras palabras, que a oídos piratas pueden llegar.

—Sólo nos pueden oír los hombres vuestros que andan por las velas. Y no creo en supersticiones. — Y miró con cierto recelo al indiferente leopardo. —Comprendo ahora que me tildaseis de poco original. Un caballero que, como vos, elige por perrito a un animal salvaje, es de temperamento original. ¿Está domesticado completamente?—y sin su peluca y aminorada su altivez, Gabrielle de Civry, al preguntar con sinceridad que carecía de afectación,

perdió ante los ojos del Pirata Negro mucha de su primera antipatía.

—Sus primeros gruñidos me agradecieron la comida que yo mismo le daba. Y las fieras, señora, tienen noble alma.

—Pensaba invitaros a compartir mi mesa este mediodía, señor Lezama. Pero no entraba en mis cálculos hacer extensiva la invitación a ese animal, cuya presencia a bordo ignoraba y que dice Diego os acompaña por todas partes.

—“Satán” se hace cargo de las cosas, señora, y no dudo que sabe comprender que estará mejor en mi camarote, mientras yo, con gran agradecimiento, aceptaré el alto honor de sentarme ante vos.

Mediado iba el almuerzo, cuando Gabrielle de Civry interrogó:

—¿Qué tiempo calculáis nos queda para llegar a la Martinica?

—El viento nos es favorable y empuja de popa desde la salida de aguas francesas. Doy por seguro de que durando el barlovento podré desembarcaros hacia fines de la próxima semana.

—Es hoy martes. Me quedan, pues, unos diez días más. Veloz es la nave, ya que un galeón tarda, con viento favorable, mes y medio en recorrer la misma distancia. ¿Os sirvo más vino, caballero? Retira el plato del señor capitán, Diego. Estás algo torpe hoy.

Y Gabrielle de Civry daba la impresión de hallarse en una recepción mundana de las que en sus salones de París eran frecuentadas por la aristocracia francesa. El Pirata Negro admiró aquella natural prestancia con la que los veinte años de Gabrielle de Civry hacían olvidar el hecho de que viajaba sola entre medio centenar de hombres.

—¿Os puedo ser franca, señor Lezama?

—La franqueza, si no es ley social, es mi credo favorito.

—Al principio me fuisteis poco agradable. Os juzgué impertinente y vanidoso. Hoy he cambiado de parecer. ¿Puedo saber cuál es la impresión que yo os causé?

—¿Debo emplear franqueza, o simplemente replicar con galantería?

—Sed sincero, como yo lo he sido— pero Gabrielle de Civry se envaró ligeramente y sus hermosos labios se apretaron en línea dura mientras aguardó la respuesta.

—¿Recordáis que dije que como retribución os quería pedir un favor cuando os desembarcase sana y salva? Anticiparé mi petición. Soy sensible al espectáculo de una puesta de sol o al alborear

radiante del nuevo día. Sin embargo, me molestan las burdas imitaciones de los artistas que manejan pincel. Si la Naturaleza, de por sí, es algo tan bello, ¿qué vano empeño en reproducirla amanerándola y adornándola con falsas galas?

Gabrielle de Civry comprendió perfectamente, pero fingió lo contrario. Asumió un aspecto picado y ajeno a la comprensión.

—Si no sois más claro, a obscuras me quedo, señor Lezama.

—Tenéis hebras de oro por cabello. ¿Por qué adornarlas con peluca que, si bien elegante, encubre naturales joyas? Tenéis juvenil distinción natural. ¿Por qué amanerarla con afectados ademanes de damita palaciega?

—Permitidme deciros que seréis gran marino, pero nada conocéis de los usos a la moda y...

Gabrielle de Civry sintió renacer de pronto su secreto temor, al ver la tensa actitud expectante con la que el Pirata Negro, a medias levantado, escuchaba un grito que desde lo alto rasgaba el aire.

—¡Pabellón filibustero a babor!— gritaba el vigía de guardia.

—Atiende a la señora, Diego Lucientes. Y vos, perdonadme.

El Pirata Negro salió con rapidez e instantes después se encaramaba en dos saltos a lo alto del castillete de proa. Enfocó su largavistas hacia la veloz goleta que enarbolando pabellón inglés avanzaba a todo trapo hacia el "Aquilón", cortándole el camino.

El pabellón, de violento color rojo, ostentaba un esqueleto humano que en una mano sostenía un vaso y en la otra un sable.

—La insignia del capitán filibustero Cockin... — murmuró Lezama—. ¡Orzad a sotavento!—mandó con voz potente—. ¡Vira en redondo, timonel!

Mientras se efectuaban las maniobras que acababa de ordenar, el Pirata Negro lanzó una imprecación de mofa.

—¡Alégrate, capitán Cockin! Huyo porque no quiero escandalizar a "mademoiselle". Pera no sabes la picazón que tengo de enarbolar pabellón para que sepas que no soy el inofensivo mercante que supones.

La goleta, avanzando a favor del viento, ganaba terreno y de nuevo se interpuso en la singladura del "Aquilón". Una triple cañonada levantó penachos de espuma ante la proa del velero. Y comprendió Lezama que persistir huyendo era exponerse a quedar desmantelado.

—¡Artilleros, a estribor! ¡Iza pabellón!

En lo alto del mástil central del velero flameó el lienzo en el que un aguilucho abría las alas cerniéndose hacia abajo con el pico corvo buscando presa.

—¡A las armas, mis valientes!

Y Gabrielle de Civry, que, pese a los ruegos de Diego Lucientes, había ido a la escotilla de la sala capitana, transformación que se operaba en la tripulación del hasta entonces pacífico mercante.

Los sables de abordaje, los puñales entre los dientes, las pistolas entrecruzadas en la faja y la sedienta expresión combativa de los piratas, aunque la asustaron levemente, no le hicieron aún penetrar la realidad. Supuso la actitud normal de hombres que se preparan a defenderse. Pero el Pirata Negro sólo tenía ojos para la goleta que se acercaba amenazadora. Y lanzó la orden de contraseña.

—¡Si no le basta nuestro pabellón pirata, largad cañoneo triple y espaciado! ¡Cañones de banda, prestos! ¡Primer aviso! ¡Fuego!

Espaciados restallaron tres cañonazos. Al extinguirse el eco del último, la carcajada del Pirata Negro resonó alegre.

—¡Ved, mis valiente granujas! ¡El capitán Cockin no se siente ya filibustero con nosotros!

La goleta viraba con prontitud, arriando pabellón.

—¡Arriad pabellón! ¡No quiere pelea el inglés! ¡Lástima!

Quedóse aún unos instantes en el castillete el Pirata Negro, y al fin, cuando en el horizonte perdióse la estela de la goleta filibustera, descendió a la sala capitana.

Encontróse frente a una altiva pasajera que, aunque temblando, le miró con furiosa arrogancia. Diego Lucientes pasábase la lengua por los resecos labios, temiendo la ira de su jefe cuando éste supiera que no pudo impedir a la francesa presenciar la maniobra que delató la ejecutoria pirata del velero.

—¡Desconfié siempre de vos, bandido español!—gritó Gabrielle—. ¡Si engañasteis a los pobres condes de Kerdal, presentí desde el primer momento que vos erais hombre de baja estofa canallesca!

—No pude... evitar que ella saliera, jefe — dijo Lucientes, molesto—. Tendría que haberla maltratado...

—La galantería ante todo, estudiante—dijo sonriente Lezama, pero sus ojos brillaban con intensidad—. Vete a cubierta. La señora quiere seguramente hablarme a solas.

Quedaba a salvo la honorabilidad de Jarnac, y la francesa podría acusarle, cuando a Francia retornase, de haber sido cándida dejándose engañar por un pirata, pero nunca podría decir que todo un capitán mosquetero de la Guardia Real tenía amistad con el Pirata Negro.

—¡Qué hábil fuisteis!—siguió ella gritando al salir Lucientes—. Fingíais no quererme dar pasaje, cuando lo que pretendíais era precisamente obtener rescate por mí, porque sabíais que yo era rica.

—Dignaos recordar que ignoraba que estabais en el castillo de Kerdal. No os fui a ver a vos, sino a la condesa.

—Seguramente para raptar a ella, ¡malvado! No creáis que me infundís miedo—dijo ella cruzando las manos sobre el pecho para evitar que fueran tan visibles sus temblores—. Os vi gritar como un energúmeno, y vi el negro pabellón pirata. Oí cuanto dijisteis..., pero os aseguro que no os temo.



—Sois bella cuando airada...

—Quién de los dos teme, soy yo, señora. Sois bella cuando, airada, os olvidáis de ser esclava de la moda. ¿No queríais ver un pirata? No he podido evitaros el espectáculo. Por la seguridad de mi velero tuve que sacrificar mi aparente identidad.

—¿Qué... qué os proponéis conmigo? No me engaña vuestra falsa cortesía; os aborrezco aún más por ella. Pero si pensabais verme suplicante y de rodillas, sabed que si he de morir... no suplicaré piedad.

—Sed razonable, Gabrielle. Muerta, ¿a quién beneficiaríais?

Hombre habrá que en sus noches desveladas en vos soñará.

—No añadáis la burla sanguinaria a vuestros deshonrosos engaños. Bien, ¿cuánto pedís por mi rescate? El pobre Jarnac pagará de mi bolsa cuanto pidáis.

—Tengo la cala repleta y la bolsa bien guarnecida. Si pirata soy, también ciertos lujos me permito. Podréis contar en los salones de barbilindos y empelucadas que yo, el Pirata Negro, os di pasaje gratuito y en la Martinica os dejé sana y salva. Y que aun los piratas cuando españoles son, se descubren ante una dama que sola y bravamente sabe ser dama.

Y con rendida cortesía ondeó el chambergo el Pirata Negro.

—Y ahora, con vuestra venia, abandonaré esas prendas, innecesarias ya, puesto que mi personalidad habéis descubierto. Para navegar esos mares ayuda mejor el viaje seguro, que algún otro colega bribón, si intenta presa, vea que quien aquí manda es otro granuja como él. Y... entre lobos, sólo nos mordemos cuando no hay más remedio. A vuestros lindos pies, señora.

Al quedarse sola, Gabrielle de Civry dejóse caer en el escabel, desmadejada. Más que nunca temía la cortesía del hombre que, desconocedora de su real carácter, suponía divertíase con ella afectando una galantería imposible de creer en quien ostentaba por apodo el poco tranquilizador remoquete de Pirata Negro.

En cubierta, el Pirata Negro, mientras abandonaba su ropa de mosquetero y ceñía su cabello en rojo pañuelo anudado a la nuca, escuchó las excusas de Diego Lucientes.

—La dije que no saliera porque podía haber peligro. Pero me aplastó con su soberbia, jefe. Y vacilé entre cogerla por el talle o atarla al pie de su litera.

—Te elegí por ser hombre poético, bachiller—dijo el Pirata Negro, mientras pasaba en sus lóbulos los aretes de oro—. Si la flor debe olerse, la mujer debe respetarse, porque mujeres son las madres. ¿Que ella quiso salir, pese a tu advertencia? Su mal halló, porque me creo que pasará el resto del viaje lo bastante intranquila por haber desoído tu consejo. Y ahora, vete a ratificarle el testimonio de tus respetuosos servicios.

Diego Lucientes rascóse los rojos rizos con ademán turbado.

—No tiene carácter muy amable cuando se enfurece, jefe.

—¡Voto al cuerno, perillán! He soportado yo las primeras

oleadas. Justo es que te alcance la resaca. Cuando una mujer te insulte, recita mentalmente un estribillo: “Ofensas de mujer, démosles oídos de mercader”.

Y el madrileño tuvo que recitarse el estribillo cuando fue recibido por Gabrielle de Civry

—¿Manda algo la señora? Me envía el jefe a pregun...

—¡Sois tan hipócrita y tan canalla como él! ¡Algún día os colgarán y encenderé velas en acción de gracias! ¡Manco pirata!

—Si con él me cuelgan, muy digna muerte hallaré. Y si manco soy, a gran honra lo tengo. ¿Deseáis continuar insultándome?

Quedó algo confundida la parisina: tanto el jefe como el que ahora le hablaba tenían una extraña dignidad, impropia en seres de aquel jaez. Parecía como si, enorgulleciéndose de ser piratas, a la vez lo lamentaban íntimamente.

—¡No os quiero ver más, ni a él tampoco! ¡No sé cuál ha de ser mi fin, pero no quiero veros más!

Y los nervios de la parisina vencieron por fin su arrogante actitud. Desplomóse de nuevo en el escabel, y, ocultando el rostro entre los brazos cruzados, sollozó en silencio.

Diego Lucientes avanzó, y, sin pensar en lo que hacía, irreflexivamente, pasó la diestra suavemente por el cabello rubio de la que, sollozante, era la viva imagen de una niña abandonada y temerosa.

—No os sucederá daño alguno, “mademoiselle”. Mi jefe es noble de alma y...

Ella levantóse de pronto, crispado el semblante. Sus ojos, más violeta que nunca, empañados por las lágrimas, miraron con indignación, pero también inconscientemente desamparados, al madrileño.

—¡Alma noble!—balbució—. Eso es también lo que él dijo al hablar de su leopardo. Una fiera salvaje. Idos, idos. Ahorradme vuestra presencia, y no queráis engañarme con fingida piedad que no sentís ni quiero que sintáis.

—¡Tendréis que comer, “mademoiselle", hasta que os dejemos en la Martinica. Faltan aún diez días.

—¿Comer? ¿Cómo puedo pensar en tal necedad? Os exijo que salgáis.

Diego Lucientes salió, y durante diez, días limitóse a depositar

mudamente una bandeja con víveres en la mesa del camarote. Gabrielle de Civry afectaba un displicente desdén, volviendo siempre la espalda, cuando entraba el pelirrojo pirata.

No volvió a ver al Pirata Negro hasta que el velero detuvo su veloz marcha. Oyó el ruido del ancla rebotando sonoramente contra el ojal de hierro, el chapuzón al caer en el agua, y, asomándose por la lucarna, vio a unas dos millas de distancia los tropicales contornos exuberantes de una isla.

—La Martinica a vuestro alcance— dijo el Pirata Negro, entrando en el camarote.

CAPITULO IV

Gastón-Marie Charlemagne

Fue disposición del Rey, cuando la Martinica se conquistó para Francia, que los colonos mantuvieran las debidas distancias eon la población negra. Mal informado por sus estadistas, que interpretaron erróneamente las observaciones de los marinos franceses al regresar de la expedición, Su Majestad manifestó a los colonos que partían a establecer una capital civilizada, que, "siendo la mentalidad negra indolente y servil, tenía utilidad mientras no se les concediera un trato de igualdad".

Y en la ciudad de Pointe-a-Pitre, que fue erigiéndose rápidamente, los primeros franceses emplearon un método de dominio que pareció confirmar la opinión de los estadistas de la corte.

Los martiniqueses demostraron una sumisión completa a los designios de los blancos, y si sus canciones semejaban lamentos, no manifestaban rebeldía, trabajando bajo el látigo colonizador.

Los colonizadores enviados para comprobar si no era costosa empresa baldía el izar la bandera francesa en aquellas tierras salvajes, enviaron emisarios que se hicieron lenguas de la docilidad y gran capacidad de resistencia a la labor y a las vejaciones, del negro martiniqués.

Algunas mujeres se arriesgaron a compartir los hogares de los colonizadores, y un siglo después, a fines del XVII, Pointe-a-Pitre era una floreciente ciudad donde las esposas de los funcionarios del Rey de Francia mantenían salón abierto, y en el palacio residencial del gobernador esplendorosas fiestas permitían a los expatriados de figurarse que se hallaban en su lejano París.

El negro martiniqués continuaba soportando mudamente todas

las vejaciones, y el nombre común por el que se le llamaba era "perro", porque, a semejanza de este animal, comía de manos de quien le azotaba.

Y la población francesa vivía tranquila y henchida de desprecio hacia, los martiniqueses, hasta que en los poblados negros del exterior circuló un rumor de oído a oído: Gaston-Marie Charlemagne había recibido la visita de Milakan, quien habíale conferido su divina fuerza, anunciándole que la esclavitud oprobiosa al blanco iba a tocar a su fin.

Los franceses siguieron bailando majestuosas pavanas al son de violines y flautas, y los clavicordios desgranaban lentos minués; ninguno de ellos concedía la menor atención a los "perros", que, como todas las noches, terminada su labor fatigosa, reuníanse en los poblados, sentándose en círculos y bisbiseándose incoherencias.

Pero las incoherencias iban cada vez tomando un matiz más definido: Gaston-Marie Charlemagne, gracias a sus poderes de gran brujo, recibía constantemente la visita del dios Malikan, el dios de la fuerza, el cual le iba dictando sabias medidas que conducirían al exterminio de "los blancos fustigantes".

Cada familia francesa encontraba que el caluroso clima martiniqués era poco propicio a la actividad, y eran tan manejables y dóciles aquellos negros, que disponían de cuatro o cinco sirvientes de ambos sexos. Y si bien la indolencia tropical habíase comunicado a los blancos, no era muy trabajoso alargar la mano hacia el mango del látigo para con sus trallazos imprimir una mayor actividad a los criados.

Malikan, el dios de la fuerza, habíale dicho a Gaston-Marie Charlemagne que la "gran noche" llegaría, cuando toda la servidumbre martiniquesa, a una hora señalada, gozase la embriagadora ambrosía de cercenar las cabezas de los hombres que, durmientes, no opondrían resistencia.

Y Malikan, el sabio y poderoso Malikan, en evitación de que viniesen a vengar los muertos blancos "las bestias gigantescas que eran cabalgadas como gusanos en maderos", con lo que se refería a las naves, todas las mujeres y los niños serían amontonados vivos en empalizadas, donde serían vigilados.

Malikan se encargaba de hacer saber a los blancos de la lejanía" que cualquier intento de pisar de nuevo suelo isleño sería castigado

con el fuego, que, purificando, exterminaría a las mujeres y niños.

En cuanto a los dos “maderos gigantescos” que en la rada de Pointe- a-Pitre eran utilizados por los “blancos fustigantes” para llevarse por el mar a muchos martiniqueses que jamás volvían, Malikan disponía que se les prendiera fuego. Todo se haría cuando Gaston-Marie Charlemagne estipulase la hora en que había de dar inicio la “gran noche”.

Seguían los colonizadores ignorantes de la vasta conjura que se fraguaba. Seguían los criados soportando dócilmente las exigencias de toda clase de sus amos. Y una de las dos naves negreras partió con su carga humana, y regresó vacía. El mar, para los martiniqueses, era un elemento poco familiar, y la navegación un arte que les faltaba por aprender. Sentían un horror supersticioso hacia las profundidades marítimas, muy semejante al de los griegos de la antigüedad. Y Malikan, con toda su fuerza, había dado una orden general, por boca de su gran ministro Charlemagne, de que ningún martiniqués se aventurase a surcar este peligroso elemento líquido.

¿No salían naves repletas de martiniqueses? ¿Volvía alguno? Ninguno. ¿Volvían los “blancos fustigantes”? Sí, todos regresaban. ¿Entonces? Y Gaston-Marie Charlemagne exhibía todos sus dientes blancos en ademán de profunda sabiduría. Aquello demostraba bien a las claras que el mar se engullía a los que, aunque forzados, surcaban el elemento prohibido.

Los sirvientes habían ya valorado mudamente la mayor o menor potencialidad de los utensilios que emplearían para cercenar las cabezas de varón, y para cada hogar francés fue designado un grupo de martiniqueses que tendrían por misión conducir a las mujeres y niños a la gran empalizada, donde serían conservados como poderoso freno para impedir cualquier represalia de ultramar.

Sólo en un hogar no se justipreciaba el lugar exacto donde el amo colgaba su espada, o el cuchillo de cocina que ofrecía un corte más afilado. Era en el hogar de las “demoiselles” Pulcherie y Odile Lesueur, las dos hermanas que vivían solas en una casita edificada en el último arrabal de la ciudad, junto a los poblados negros.

Pulcherie Lesueur, alta y gruesa, desmentía el tópico de que las personas obesas suelen ser joviales. La desbordante papada, las manos gordezuelas y los mofletes sonrosados no la impedían

suponerse atacada de todas las enfermedades posibles, disfrutando de una salud excelentísima.

Su hermana Odile contrastaba por su menuda figurilla vivaracha y por su apacible y bondadoso carácter, siempre dispuesto a manifestarse. Había sido muy bonita y aún conservaba la viveza de gestos que le hacían imposible el estarse mucho tiempo seguido en un mismo lugar.

La predilecta distracción de Pulcherie era sentarse en una poltrona y observar los grupos de martiniqueses que, terminadas sus labores en las plantaciones, volvían por la noche al poblado y cantaban, a la luz de las antorchas, monorrítmicas canciones.

Pero últimamente la ocupación predilecta de Pulcherie era lamentarse de que moriría sin ver a su amada sobrina Gabrielle.

—Y es triste, Odile, pensar que ni siquiera la idea de la herencia atraiga a Gabrielle. Yo moriré pronto, y mi difunto me dejó muchos bienes, así como nuestro padre bienamado. Pero habré de morirme sin volver a ver a Gabrielle.

—No debes decir eso, "chérie". Tenemos sólo cincuenta años y mucha vida por delante. No debes esforzarte en querer desempeñar el papel de vieja tía gruñona aquejada de imaginarias enfermedades.

Los redondos ojos irascibles de Pulcherie se concentraron amenazadores en la figurilla de su hermana, que alisaba los lindos encajes de su escote.

—Ni tú tampoco deberías olvidar que cumpliste los cuarenta y ocho hace dos meses. Yo no olvido mi edad y visto como corresponde a mi viudez y a mis años. Podrás llamarme "antigualla", pero no soy ridícula. Me miro al espejo solamente cuando me peino.

Indiferente, Odile siguió retocando los pliegues de su acampanada falda de tul.

—Desde que delante de nuestra terraza desfilan los oficiales de la guarnición—prosiguió, implacable, Pulcherie—, has sufrido un agudizamiento en tu afán de parecer joven. Polvos, perfume, sonrisitas... Mi palabra te doy, Odile, de que creo pretendes comportarte como una jovencita coqueta, y hasta creo serías capaz de guiñar provocativamente a los bizarros oficiales.

La injusta acusación agolpó en los ojos de Odile las fáciles

lágrimas.

—No deberías decirme eso, “chérie”. Bien sabes...—y se interrumpió sofocando un sollozo con su diminuto pañuelo de encajes.

Y como siempre que eso ocurría, Pulcherie Lesueur se reprochaba su mal genio... cuando ya era tarde. Torpemente, quiso remediar los efectos de su avinagrado temperamento.

—Vamos, vamos, querida. Si yo, tu vieja hermana, no te puedo hacer objeto de la menor broma, tendré que enmudecer. No tienes piedad de mi jaqueca y te complaces en apenarme.

Guardaron silencio unos instantes. Ambas se querían entrañablemente y no podían dejar de estar juntas, pero tenían un especial pudor en todo cuanto se refiriera a manifestarse su mutuo cariño.

Quizá en su propio aspecto físico podía leerse la breve biografía de cada cual. Criollas e hijas de un alto funcionario francés, residían desde los quince años en Pointe-a-Pitre. Sólo habían vuelto a París cuando el bautizo y cuando la primera comunión de Gabrielle de Civry. Después varias veces habían planeado un nuevo viaje, pero la indolencia criolla pudo más y siguieron en Pointe-a-Pitre.

La biografía de Pulcherie se condensaba en tres trazos: fea y orgullosa, halló marido en un funcionario atraído por su dote, y cuando quedóse viuda, sin conocer lo que era amor, desvió su atención hacia los placeres de la mesa, placer que compartía con el de las más acerbas críticas sobre cuanto la rodeaba.

La biografía de Odile era más sentimental: se complació en jugar con la inmensa legión de los que aspiraban a su hermosura y riqueza. Siguió jugando con ellos, y cuando quiso tomarlos en serio ya era tarde. Habíase esfumado su juventud y tuvo el orgullo de no querer ser la presa de un empleadillo colonial que buscaba su fortuna.

Al durar la pausa de silencio demasiado tiempo, Pulcherie halló un pueva tema de discusión.

—Como nunca estás de acuerdo conmigo, espero que por una vez me darás la razón. ¿No es descorazonante ver la molicie que ha invadido las altas esferas de Pointe-a-Pitre? En nuestros tiempos no era así.

Las fáciles lágrimas de Odile habíanse ya secado.

—Cada generación vive de modo distinto, “chérie”. Y los bondadosos mulatos no opinan mal de sus amos.

Agitó Pulcherie su pay-pay en dirección a Odile, feliz de haber hallado un renovado y abundante tema de discusión.

—¿No opinan mal?... ¿No opinan mal? Me horripila la facilidad con la que te esfuerzas en quitarle importancia a lo que es importantísimo.

Francia pierde prestigio, te lo digo yo. Y se burlan de mí los del palacio cuando les digo que desconfíen del alma negra. Buenos son si se les trata con severidad, pero con justicia.

Y doctoralmente repitió por centésima vez sus frases favoritas:

—El alma negra es esclava y sumisa, pero es gemela del lago tranquilo. Al encresparse, ruge, destroza y siembra el pavor por su inigualable ferocidad. Recuerda la rebelión que estalló cuando nosotras estábamos en París cuando el bautizo de Gabrielle. Fue horrible y...

Pulcherie Lesueur detúvose extrañada, porque acababa de presentarse en la terraza alta un martiniqués que sonreía siniestramente. No extrañaba a la criolla la presencia repentina, pues siempre estaban abiertas las puertas para quien quisiera entrar libremente, sino porque el visitante era el gran brujo Gaston-Marie Charlemagne.

Su lanoso cabello se le estaba volviendo gris, lo que parecía acentuar el negro de su piel. Llevaba una vieja casaca y unas enaguas de muselina que le llegaban sólo hasta las rodillas y una cadena de joyas alrededor de la cintura. El tórax desnudo, así como las piernas y pies, tenían el color del ébano. Por su negrura intensa había sido elegido brujo.

—Las “demoiselles” son buenas con pobres martiniqueses—dijo lentamente Charlemagne—. ¿Puedo quedarme aquí y mirar a la ciudad? Desde la terraza mis ojos contemplan todo...

—Contempla la ciudad, Gaston-Marie—consintió Pulcherie, acostumbrada a los infantiles caprichos de los indígenas—. Pero me asombra verte vestido con tus galas de guerra. ¿Malikan te ha hablado?

Charlemagne sonrió malignamente y replicó con cautela:

—Nada pasará a las “demoiselles” que no han pegado nunca a mi pueblo. Pero ha llegado la hora de la "gran noche”. No

aceptamos más el yugo francés. Malikan así lo ha ordenado. ¡Mirad!

Un repentino griterío ensordecedor elevóse de la apacible quietud nocturna de Pointe-a-Pitre; tambores enloquecidos resonaron acompasadamente en el poblado; grupos de martiniqueses corrían por las calles de la ciudad...

Horrorizadas, las dos hermanas Lesueur vieron como por las ventanas de las casas los antiguos y sumisos criados martiniqueses arrojaban por ellas cadáveres decapitados...

Mujeres y niños franceses, sollozando y empavorecidos, eran conducidos a latigazos hacia el poblado... En la rada restallaron disparos, pero la resistencia fue débil, ya que turbas de embravecidos mulatos, contagiados del furor que les producía el lenguaje de los tambores, tomaban por asalto las dos naves...

Dos gigantescas llamas anunciaron crepitantes la derrota de los navíos negreros... Durante toda la noche continuó la matanza, y escenas dantescas se plasmaron en los muros blancos de la ciudad.

Gaston-Marie Charlemagne, al amanecer, abandonó con marcialidad el domicilio de las hermanas Lesueur, afirmándoles magnánimamente que nada temieran, porque ellas dos serían las únicas blancas libres.

Pero Pulcherie y Odile Lesueur, por vez primera dieron rienda suelta a sus sentimientos y lloraron angustiadas una en brazos de otra.

Empezaba el reino de Gaston-Marie Charlemagne...

CAPÍTULO V

Tolerancia

Gabrielle de Civry oyó el ruido del ancla rebotando sonoramente contra el ojal de hierro, el chapuzón al caer en el agua, y, asomándose por la lucarna, vio, a unas dos millas de distancia, los tropicales contornos exuberantes de una isla.

—La Martinica a vuestro alcance, señora—dijo el Pirata Negro, entrando en el camarote.

La parisina revolvióse como picada por una avispa.

—¿Qué nueva trampa fraguáis? No se ve ni vislumbre de casa habitada ni de ciudad. Decid que habéis elegido un paraje solitario para matarme impunemente.

—Mejor paraje solitario que mi navío no lo hay, señora. Pronto vamos a separarnos, y comprobaréis que siempre cumplo lo que prometo. Si dije que sana y salva os dejaría en esta isla, es porque así estaba dispuesto a hacerlo. Pero no podía comprometerme a desembarcaros frente a la rada de la capital Pointe-a-Pitre. Vuestros compatriotas poseen guarnición, y, aunque serían salvas en vuestro honor, quizá alguna salva de cañón pudiera desmantelar mi velero. El paraje elegido es un recodo que dista veinte leguas por la costa del golfo de la capital. Entra, Diego Lucientes. Hazte cargo por última vez del servicio de "mademoiselle" de Civry. Recoge su equipaje y colócalo en la lancha que a tierra nos ha de llevar.

—¡No me engañaréis!—gritó ella—. No me queda más remedio que seguiros porque poseéis la fuerza bruta..., pero ¡os odio!

—No debéis odiar a nada ni a nadie, Gabrielle—reprochó sonriente el Pirata Negro—. El odio es como el viento de frente: no lleva a parte ninguna. Uno de los mayores dones es la tolerancia. Tolerad que sea pirata, que mis razones tendré, mientras como

pirata no me comporte.

Diego Lucientes envolvió en una lona todo el voluminoso equipaje de la viajera, y demostró que su único brazo era hábil cargando sobre sus anchas espaldas el gran envoltijo.

Salió con su pesado fardo, y Gabrielle de Civry, temerosa de un cercano final que presentía estremecedor, vaciló en obedecer a la invitación del Pirata Negro, que, levemente inclinado, le señalaba con la diestra la puerta.

—La lancha os llevará a la playa. Y pronto os hallaréis entre los piratas verdaderos, que son vuestros compatriotas de la Martinica.

—¡Son probos funcionarios del Rey! ¡Bien quisiera hallarme entre ellos! Pero jugáis conmigo como el leopardo haría con indefensa presa, complaciéndoos en infundirme vanas esperanzas.

—Pronto veréis que los leopardos son mejores que los que calificáis de probos funcionarios. Son todos una taifa de tratantes de esclavos. Entre los piratas llámase a ese tráfico la “caza de mirlos”. Ya sabréis que el mirlo es pájaro negro, y por cada martiniqués que el gobernador envía a las otras colonias como esclavos de plantaciones percibe tres luises. Cuando los indígenas han dado de sí todo lo que podían y están ya casi moribundos, los colonos de las otras islas pagan otra vez para que sus esclavos sean devueltos a la Martinica y substituidos por otros. Pero los que llamáis probos funcionarios no quieren cargar con desechos humanos y, llegados a altura suficiente del mar, vacían sus cargamentos en lo más profundo de las olas.

—¡Suponéis en los otros las indignidades que vos cometeríais!

—Además de suponerlas, que así no es, porque lo sé de ciencia cierta, os demuestro que soy tolerante, ya que nunca intervine, sabedor de que mi solo esfuerzo no podría evitar ese canallesco mercado. Pero sed vos también tolerante conmigo, y, si no me equivoco, desearéis ya veros libre de mi presencia. La lancha aguarda.

En la lancha donde ya estaba Diego Lucientes, con Tichli, el piloto negro cubano sordomudo, entró, ayudada por el Pirata Negro, Gabrielle de Civry, cuyos ojos dilatábanse en el más hondo de los pavores. ¿Cuál iba a ser su destino entre aquellos tres piratas de tan distinta apariencia?

El negro remó y sus abultados músculos aumentaron aún más el

pavor de la francesa. Carlos Lezama silbaba entre dientes; el madrileño evitaba el mirar a Gabrielle.

La lancha acostó, y Tichli, saltando al agua, empujó vigorosamente hasta que la carena se inmovilizó contra la arenosa playa. El Pirata Negro tendió la mano, pero Gabrielle descendió a tierra sin aceptar la galante ayuda que le parecía otra burla más.

—¿Veis, señora, la loma que ante nosotros por el Norte se eleva? Tras ella está Pointe-a-Pitre. Diego Lucientes se sacrificará por última vez y os llevará durante un trecho vuestro equipaje. Cuando avistes las casas de la ciudad, deja en el suelo el fardo, saluda respetuosamente a "mademoiselle" de Civry y regresa aquí, estudiante. Te esperaremos. Señora, quedo para la eternidad vuestro rendido esclavo.

El sol destelló en los aretes de oro, mientras, inclinándose, el Pirata Negro, con irónica sonrisa, mostró por un instante, en vez de rostro, la roja mancha del pañuelo que cubría sus cabellos.

Gabrielle de Civry llevóse ambas manos a los labios temblorosos.

—¡No seáis cruel! ¡Matadme ya!

—Señora, con todo respeto os manifiesto que me cargan ya vuestras ínfulas y el deseo que parecéis tener de que os mate. Emprended el camino hacia Pointe-a-Pitre, que otros menesteres tengo y no quiero perder más tiempo en esa playa. Coge el fardo, Diego Lucientes, y precede a "mademoiselle" de Civry.

Como una muñeca dotada de automáticos resortes, Gabrielle de Civry empezó a andar tras Diego Lucientes. Ladeó la cabeza mirando hacia atrás con un resto de temor, pero ya el Pirata Negro, volviendo la espalda, miraba al mar donde su velero estaba anclado.

Media hora después Diego Lucientes regresaba.

—¿Se convenció la damisela de que viva estaba más bonita que muerta? —preguntó, riendo, el Pirata Negro.

—A medio camino me hizo soltar el equipaje y me dijo que me marchase. Que mi olor de pirata la molestaba. Siento decirte, jefe, que la prodigué algunas lindezas.

—¿De qué calibre, bachiller?

—¡Oh, nada que galante no fuera! Primero la dije que yo me lavaba a diario con jabón de brea, que es jabón de hombres. Después le notifiqué que con su peluca me he hecho una blanda almohada para mi hamaca…, y me dio un bofetón. Hurté el rostro,

pero me alcanzó la boca. Me dolió.

El Pirata Negro frunció el ceño.

—¡Fierecilla! ¿Y tú admitiste la vergüenza de que te cruzara los labios sin suficiente motivo?

—¿Qué iba a hacer? ¿Qué habrías tú hecho, jefe?

—Me temo que la habría besado, para que mis doloridos labios mitigaran el escozor en su blando aliento.

Diego Lucientes sonrió y su rostro truhanesco exhibió una mueca.

—Es lo que hice, jefe.

Carlos Lezama estalló en breve carcajada.

—¡Bribón! Ya te he dicho varias veces que procures no parecerte tanto a mi. ¿Ella cómo reaccionó?

—Quedóse como una estatua... Y me marché de prisa... porque no quería volver a besarla... ni quería que me pegase, esta vez con motivo.

Tichli, cuyos oídos nada percibían, poseía, en cambio, una aguda percepción visual. Tocó el hombro de su jefe señalándole un punto blanco que velozmente venía por entre la maleza descendiendo de la loma.

—Pero... ¡voto al diablo!—exclamó el Pirata Negro—. ¿No nos vamos a ver libres de esa bonita pesadilla?... Prepara tus mejillas, bachiller; por la rápida marcha que se trae “mademoiselle” de Civry, me temo que ha reaccionado algo tarde, pero nos ha pillado aún en tierra. Lo siento, madrileño, pero si cruza tu rostro tendrás el prudente acuerdo de quedarte quieto. A solas se puede besar a una mujer; ante mí, no.

Gabrielle de Civry, con el seno aleteante y las mejillas encendidas, se detuvo ante los dos hombres, sofocada por larga carrera.

—¡Salvajes..., vienen hacia aquí!— exclamó entrecortadamente.

El Pirata Negro cruzóse de brazos, conteniendo su impaciencia. Pero fue con voz incisiva que habló secamente:

—Estáis atacada de la manía persecutoria, mi linda dama. A creeros, yo no podía dormir si antes no os mataba, y ahora venís plasmando la real representación de un vivo terror. Señora, la Martinica es isla poblada por mulatos que no visten mucha ropa. ¿Esperabais, acaso, que os salieran a recibir empelucados y a los

acordes de un minué?

—Llevan grandes cuchillos anchos y cantan un himno que impone miedo. Y frente a ellos camina un negro que viste casaca y faldilla, llevando un tricornio de oficial marino francés. Estoy… estoy asustada.

—Realmente debéis estarlo, ya que preferís nuestra compañía a la de unos pobres e inofensivos mulatos que seguramente se dirigían a alguno de sus poblados interiores.

—Señalaban hacia vuestro barco con gestos excitados.

Un canto gutural iba oyéndose, y pronto por entre la maleza brillaron las hojas de los machetes y las musculaturas de oro bruñido de los martiniqueses.

Gabrielle de Civry obedeció prontamente la seca orden de Lezama:

—Entrad en la lancha, pero no manifestéis temor, señora. Si un perro ve que huís, muerde.

Gaston-Marie Charlemagne avanzó prudentemente hasta llegar a unos diez pasos del Pirata Negro. Tras él, en círculo compacto y cesando en su melopea cantada, los martiniqueses, que llevaban por toda vestidura un ceñido taparrabos, miraron con hoscos semblantes a los tres blancos y al negro de la lancha.

El Pirata Negro, apoyadas ambas manos en su cinto, donde asomaban las dos culatas de las pistolas, acortó la distancia que le separaba del negro que vestía casaca, enaguas de muselina y cubría sus lanudos cabellos grises con un tricornio de capitán francés.

—No des un paso más blanco—murmuró estridentemente Charlemagne—. Si avanzas, mi pueblo atravesará tu cuerpo a machetazos.

—¿Tu pueblo? ¿Quién eres tú y qué modales son esos? ¿De cuándo acá los esclavos de franceses se oponen a que nosotros, los blancos, pisemos tierra donde nos guste?

—Has venido en gigantesco madero que Malikan prohíbe; vuelve a cabalgarlo y dile a los dioses de la lejanía que la isla está gobernada por mí. Que yo, Gaston-Marie Charlemagne, he sido elegido por mi pueblo para borrar el oprobio del dominio francés.



—No des un paso más, blanco...

—¿Os habéis sublevado? No os lo reprocho, Charlemagne. Pero tarde o temprano los franceses vendrán con otros maderos gigantescos y os harán saltar la piel a latigazos.

—No, no lo harán—dijo sordamente el jefe negro—. Porque Malikan lo ha previsto todo. Y me aconsejó que conservara las vidas de las mujeres y los niños, y que si del mar venían insensatos gusanos a traer el fuego de sus rocas brillantes y alargadas, que hacen ruido y horadan los muros, derribándolos, nosotros prendiéramos fuego al lugar donde están prisioneras las mujeres y donde lloran los niños blancos.

—¿Quién es este Malikan que tan sabiamente te aconsejó?

—Mi dios, el dios de la fuerza. Vete, blanco, y dile a tu dios de la lejanía que la isla es nuestra y yo mando en ella.

—Nada tengo que ver con los franceses, y te repito que has hecho bien en querer vivir libre, aunque sólo sea por unos meses. A mí nadie me manda, porque a mí también me gusta vivir libre y dejar libres de vivir como quieran a los demás. ¿Qué hiciste con la guarnición francesa?

—La "gran noche" fueron todos separados de cabeza.

—¡Ah!—y el Pirata Negro, con la zurda abierta, se pasó el filo de la palma por la garganta—. Los decapitaste. Cuando el Rey de Francia se entere, no doy un maravedí por tu pellejo, Charlemagne. Pero es asunto tuyo. ¿Has oído hablar de los piratas? ¿Sabes qué

son piratas?

Gaston-Marie Charlemagne retrocedió unos pasos, tratando de no perder su compostura de jefe.

—Los franceses les temían. Hablaban de ellos en voz baja—musitó, imitando inconscientemente la manera de hablar de los que había decapitado cuando se referían a los piratas—. ¿Tú eres pirata?

—Si los franceses nos temían, amigos vuestros somos. Tú, como rey del pueblo martiniqués, eres hombre superior y de gran inteligencia. ¿Ves mi madero flotante? A una voz mía escupirá fuego y no quedará uno de vosotros. Pero yo no daré esa voz, porque soy amigo tuyo, rey.

—¿Por qué viniste, pues, de escondidas? ¿Por qué no trajiste a tu esposa contigo por la rada grande?

—Porque creía que los franceses seguían reinando en la ciudad. Y ya tú mismo sabes que son mis enemigos. Pero ahora que estoy enterado de que tú eres el que manda en Pointe- a-Pitre, es distinto. ¿Quieres mi amistad o mi madero escupe fuego?

Gaston-Marie Charlemagne miró hacia el anclado velero en cuya borda visible medio centenar de piratas estaban expectantes, aguardando alguna señal del Pirata Negro. El jefe martiniqués quitóse del cuello una guirnalda tranzada de flores rojas. Avanzó mirando de soslayo hacia Lezama y Lucientes, y echó al interior de la lancha su collar de flores.

—Que tu esposa lo luzca en su garganta, y si abrigas intenciones malas, que los "hibiscus" muerdan su carne destilando su veneno. Malikan desde un sitio que tú no puedes adivinar, está observando, pirata. Y te lee el pensamiento. Dile a tu esposa que coloque el trenzado de "hibiscus" alrededor de su cuello.

—Hacedlo, Gabrielle—dijo el Pirata Negro—. Son flores de la selva, y Malikan, que me escucha, sabe que soy amigo de los martiniqueses.

Gaston-Marie Charlemagne vio como con manos temblorosas, sentada en la lancha, la blanca colocábase alrededor del cuello la guirnalda de "hibiscus". Y aguardó... Pero los "hibiscus" no enrojecieron más que como flores coloradas que eran la nítida piel femenina.

—¿Quedas tranquilo, Charlemagne? ¿Percibes como tu dios Malikan nos da la bienvenida? Mi esposa luce tu collar y respira. La

muerte no la ha invadido, porque es amiga del martiniqués. .

—¿Qué ha sido de mis tías?—preguntó de pronto Gabrielle de Civry—. Las hermanas Lesueur...

—¿Lesueur?...—murmuró el negro, sonriendo—. Son buenas, y lloran mucho invocando un nombre parecido al tuyo, blanca "demoiselle". Piden a no sé qué Señor que haga que Gabrielle de Civry no embarque.

—En busca de ellas venimos, rey Charlemagne—dijo el Pirata Negro. —Mi esposa necesita verlas. ¿Están presas con los niños que lloran?

—No. Las dejé libres porque dejaron libres a los martiniqueses y no los esclavizaron ni azotaron. Puedo darte mi permiso para que me visites en mi palacio, y cuando hayas cumplido con esta obligación podréis ver a tus "demoiselles" Lesueur. Yo, con mis cortesanos, regreso a la ciudad. Vinimos para saber qué intenciones llevaba el madero flotante; tú y el hombre sin brazo que le arde la cabeza podéis venir. Pero nadie más.

—Llevaré mi barco a la rada grande, y descenderemos sólo mi esposa y el hombre manco de roja cabeza. Te obedezco, rey.

Gaston-Marie Charlemagne sonrió amistosamente, tomando por testigo a sus "cortesanos" de que era obedecido por un pirata.

—Puedes también traer tus otras mujeres—dijo condescendiente —. Te lo permito.

—Beso tu frente, Charlemagne. Pero me sobra como esposa con la que ves. Vendré a visitarte a palacio y te traeré algunos regalos.

Gaston-Marie Charlemagne señaló a los martiniqueses la loma. Empezaron a desfilar, e íbase ya el jefe negro, cuando dio media vuelta, tendiendo un sucio índice hacia Lezama.

—No te olvides de tu promesa. Has dicho que me traerías regalos. No quiero baratijas porque yo soy hombre rico.

Entre la maleza perdióse el galonado tricornio que cubría la cabeza de Gaston-Marie Charlemagne, y sólo entonces, a unísono, prorrumpieron en idéntica carcajada el Pirata Negro y Diego Lucientes.

—Malikan, y yo soy su rey—dijo, riendo, el estudiante.

—Los palos que recibirá cuando el verdugo francés llegue y, antes de descuartizarlo, le hagan trizas, le arrugarán las enaguas y doy por seguro que poco ha de durar el reinado de ese pobre salvaje

ingenuo.

—¡Caballeros! ¡Repugnante es oíros reír y más repugnante es veros comentar así tamaña catástrofe! — increpó Gabrielle de Civry en pie en la lancha.

El Pirata Negro entró en la embarcación seguido de Lucientes.

—Oídme una vez para todas, Gabrielle. Sois bellísima cuando os calláis, o al menos cuando habláis con dulzura. ¿Que han decapitado a un centenar de franceses? A mí no me duele. ¿Te duele, estudiante? Tampoco.

—¿Y las mujeres presas y los niños que lloran? Sois cruel; sois un ave de rapiña...

—Tomad respiración, mi linda “demoiselle”. Mi primera intención era llevaros a puerto francés, quisierais o no, pero ahora he cambiado de idea. Iréis a visitar a vuestras tías Lesueur.

—¡Tal era mi voluntad!

—No lo parecía, o poco entusiasmo demostrabais al menos cuando regresasteis tan ligeramente después de que Diego Lucientes os dejó.

Las acompasadas remadas de Tichli iban conduciendo la lancha hacia el velero. Gabrielle de Civry mordióse los labios.

—Es poco galante burlaros de mí, señor.

—No sabéis más que reprochar, “mademoiselle” de Civry. Tratad de ser sincera: ¿seguís creyéndome un inmundo pirata?

—Reconozco... que parecíais dispuesto a cumplir la promesa que hicisteis. Sois pirata..., pero algo os queda de caballero.

—Os quedo humildemente agradecido a vuestro elogio. Son tan raras en vuestros lindos labios las palabras de encomio, que adquieren gran valor por su rareza—y cesando de sonreír irónicamente, el Pirata Negro añadió seriamente—: Por lo que de caballero me queda, ya procuraré que los niños franceses dejen de llorar, valiéndome de mi amistad con el rey faldero. Pero vos trabaos la lengüecita, y que no les quepa duda en tierra de que sois una sumisa esposa.

—Así lo haré. Pero...—e infantilmente Gabrielle de Civry señaló con la mano a Diego Lucientes—debéis castigar a ese atrevido insolente. ¡Me besó! —y un real pudor enrojecía las mejillas tersas.

—¿Qué me decís?—preguntó, extrañado, el Pirata Negro—. ¿Se atrevió a besaros? No puedo creerlo...

—¡Sí! Se mofó de mi peluca y le abofeteé. Entonces... me enlazó por el talle y como una fiera me besó en los labios.

—Me causa pasmo y dolor tanta maldad, bachiller—dijo el Pirata Negro mirando con severidad al madrileño—. ¿Te abofeteó y sólo la besaste una vez? De por vida quedas castigado, pues siempre lamentarás no haber repetido tan favorable ocasión... No, no me insultéis, Gabrielle. Mi velero no era mercante sometido a los caprichos de una niña consentida, y, sin embargo, obligué a mis hombres n seguir vistiendo ropaje pescador para no asustaros. No hay criados a mi bordo porque somos todos dueños nuestros, y, sin embargo, Diego Lucientes, mi valiente espadachín, consintió en aguantar vuestras impertinencias. ¿Qué se nos da de vuestra peluca? ¿Qué se me da de que recibierais el justo castigo de un beso robado por vuestra fea acción de abofetear a un hombre que, si no fuera el galante madrileño, algo peor quizá habría hecho que besaros sencillamente? Tened tolerancia, y esforzaos en comprender que hay mujeres francesas que gimen presas y niños inocentes que no tuvieron culpa de que sus decapitados padres fueran unos negreros sin alma ni escrúpulos. Conque echad en olvido la corte de París, y así como os prometo que Diego Lucientes no os volverá a ofender, también exijo de vos que os deis cuenta de dónde estáis y de los momentos que vivís.

Gabrielle de Civry por vez primera en su vida bajó la cabeza. Era de buen fondo, y la filípica surtió el efecto apetecido. Como niña reñida por maestro admitió su culpa y poco después miraba al Pirata Negro con ojos que suplicaban excusas.

La lancha acostó el casco, y el Pirata Negro tensó la escalera de cuerda, tendiendo la diestra.

—Perdonadme, Gabrielle, si tuve que seros algo grosero. Dadme un “hibiscus” en señal de firma de paces. Sed buena niña, y os prometo que no volveremos a reñir. ¿Aceptáis mi mano?...

Gabrielle de Civry prendió una flor que arrancó de su collar en la cadena de oro que colgaba sobre el pecho del Pirata Negro. Y éste besó la mano femenina.

—Dadle también una a Diego Lucientes, Gabrielle.

—¡No! ¡No le perdonaré nunca!... ¡Nadie..., ningún caballero hasta hoy me había besado!

—Estamos en la Martinica, Gaby. La mar antillana nos envuelve.

Perdonad la disculpable exaltación de un hombre que por lucir rojos cabellos no sabe a veces dominarse..., y comprender que en un caso semejante yo mismo no habría podido resistir al deseo de besaros.

Antes de subir la escalera ayudada por el Pirata Negro, Gabrielle de Civry arrancóse otra flor, pero la tiró al suelo de la lancha.

Diego Lucientes, sonriendo, la recogió, y con guiño regocijado que sólo fue visto por el Pirata Negro aplicó los rojos pétalos contra su ancha boca.

Instantes después el “Aquilón” zarpaba rumbo a la rada de Pointe-a- Pitre.

CAPITULO VI

Los consejos de Malikan

El palacio residencial que había sido del gobernador decapitado, era ahora sede donde imperaban libremente los súbditos de Gaston-Marie Charlemagne. Los muebles tapizados ostentaban mugre y descosidos; los espejos de molduras doradas habían desaparecido, adornando los muros de algunas casas martiniquesas; los lisos pavimentos, antaño bruñidos y brillantes, donde se deslizaban los complicados pasos de las pavanas, perdido ahora el brillo y su limpieza, manifestaban una suciedad polvorienta por la que más a gusto andaban los desnudos pies bronceados.

Gaston-Marie Charlemagne, cuando el furor homicida de sus paisanos habíase extinguido, declaró solemnemente que como signos de su mandato ostentaría el tricornio del gobernador y se sentaría en su sillón.

El resto del palacio era de libre acceso, menos las salas del piso alto, donde residían las habitaciones de las seis esposas de Gaston-Marie Charlemagne.

Pero al fin de la semana primera de su incipiente reinado una veintena de martiniquesas pidió en confusa algarabía que el rey y brujo consultase a Malikan.

Con digna prosopopeya Gaston-Marie Charlemagne declaró que no veía inconveniente si las mujeres le aclaraban cuál era el objeto de su petición.

Los pañuelos de violentos colores chillones en que se entremezclaban las rayas verdes y amarillas y los cuadros negros y blancos, y que cubrían las espesas cabelleras crespas de las martiniquesas consultantes, se reunieron mientras sus dueñas cuchicheaban.

—Los “blancos fustigantes” nos hacían trabajar—dijo una de ellas, que por sus grises cabellos era la que llevaba la voz cantante —. Y tú has ordenado que todos los días vayamos a las plantaciones camperas, cuando en nuestras casas hay sombra y jugo de hierba refrescante. Y al cuarto día vinieron hombres nuestros a llevarnos al campo y nos mortificaron las carnes a latigazos porque nos negábamos. Que Malikan nos diga la razón por la que, si somos libres, debemos trabajar.

Gaston-Marie Charlemagne quitóse el tricornio y a grandes voces “consultó” a Malikan, invocando a que replicase con toda su inmensa sabiduría a las preguntas de aquellas criaturas suyas.

Guardó silencio unos instantes, mirándose con fijeza las rodillas, y, levantando de pronto la cabeza, asestó una furibunda mirada a las reunidas mujeres.

—¡Malikan maldecirá a las holgazanas! Trabajar para el blanco era humillante, pero trabajar para vosotras mismas, es adorar a Malikan. Si el campo no se cultiva, no habrá comida. Antes de venir los blancos la floresta nos daba manjar, pero ellos nos enseñaron que enterrando ciertas pepitas, luego crecían magníficas frutas que otros blancos cambiaran por oro. ¿Por qué creéis que mandé apagar el incendio de los dos maderos gigantes? Porque Malikan quiere que los más valientes y esforzados de los martiniqueses vayan a la lejanía y, llevándose nuestro trabajo, regresen con bellas telas y relucientes medallones. Pero los dos maderos que cortan el agua no podrán irse hasta que vosotras no hayáis cumplido con vuestra parte. Si mandé hombres con látigos, la próxima vez mandaré que os corten las orejas con sus machetes. Ese es el consejo de Malikan.

Pasó un mes, y hubo nueva afluencia en mucho mayor número de alborotadas mujeres. Los dos barcos que habían partido mandados cada uno por un blanco francés, que el propio Charlemagne sacó de su choza como por arte de magia después de la matanza, y que iban sobrecargados de frutos y martiniqueses jóvenes y fuertes, regresaron, pero con sólo cinco martiniqueses y el blanco cada uno. Y los cinco martiniqueses recibidos por Charlemagne, desaparecieron misteriosamente.

—¿Qué queréis consultar a Malikan?—interrogó ásperamente el rey negro, sentado cómodamente en el lujoso sillón del gobernador.

—Cuando los “blancos fustigantes” mandaban, tú dijiste que era

desafiar la cólera de Malikan enviar al agua que se mueve hombres nuestros que nunca regresaban. Ibanse con el producto de los campos, como ahora, y también como ahora ya nunca los hemos vuelto a ver. Esta vez eran nuestros hombres más robustos y más jóvenes. Miles de ojos los lloran.

Nuevamente tuvo Charlemagne que fingir su conversación con el que todo lo oía, y al fin barbotó con grandes muestras de ira:

—Malikan empieza a cansarse de la largura de vuestras lenguas y la cortedad de vuestra inteligencia. Los que partieron y no han regresado obedecen consejos de Malikan que les ha llevado a tierras blancas, donde ellos, montados en caballos alados, regresarán conduciendo atados a las colas de los animales, de la lejanía, blancos que os servirán de esclavos y que serán vuestros criados. Cuantos más hombres nuestros se marchen, tantos más esclavos blancos vendrán. Y vosotras no deberéis ya trabajar nunca más.

Esta última frase desencadenó una ola de entusiasmo, y, aplacadas las martiniquesas, se fueron cantando himnos de alabanza en honor de Malikan y su Gran Brujo Charlemagne.

Charlemagne, después de esta sesión, enjugóse el sudor que podía atribuirse a la cólera, pero que en realidad era un principio de espanto, y pasó a la sala contigua, donde dos franceses, los únicos supervivientes de la matanza, entretenían sus ocios dejándose abanicar por sus esposas de turno.

A la entrada de Charlemagne, los franceses despidieron a sus esclavas y sentáronse menos desmadejadamente alrededor de la mesa, sobre la que el negro apoyó sus dos codos, quitándose el tricornio.

—Si adivinan el engaño, me torturarán sin piedad—dijo Charlemagne que nada tenía de valeroso—. Han venido a protestar por la expedición de doscientos martiniqueses que habéis vendido a los ingleses.

Jean Perrier y Louis Musson rieron animadamente y sus torvos semblantes no tenían nada de alegres.

—Cuando te propusimos que excitases los ánimos—dijo Perrier —, te aseguramos que con sólo dos meses de reinado llegarías a reunir tanto medallón reluciente, que en la lejana tierra blanca serías otro rey, y tendrías esclavas blancas. ¿No tienes ya dos cofres llenos de medallones?

—Sí, pero empiezan a sospechar, empiezan a sospechar—repitió tercamente el negro.

—Deja que cavilen. Los muertos no hablan, y si bien necesitábamos cinco tripulantes para manejar las velas, nada dirán de la venta que hicimos a los ingleses. Nos viste matar uno tras otro a los diez que regresaron. Si no me engaño, de los diez, tres cayeron bajo tus machetazos. Una expedición más y antes de que puedan venir navíos franceses, partiremos para vivir con todos los lujos en tierra blanca. No te preocupes más, Charlemagne; haz como nosotros. Cualquiera de tus esposas borrará de tu frente arrugas que no tienen razón de existir.

Pero las arrugas aparecieron en la frente de los dos franceses, cuando Gaston-Marie Charlemagne, días después, les anunció que en uno de sus cotidianos paseos había sorprendido un madero flotante anclado en las cercanías de la loma Pelada, por su vertiente sur.

—...Y el pirata, su esposa y el de roja llama por cabello, han quedado en venir a visitarme. Me traerán regalos, y el pirata dijo que los franceses erais sus enemigos y que yo había hecho muy bien decapitando a la guarnición y al gobernador. Mejor será que no os vea a los dos.

—Mejor será—intervino Louis Musson—que tras tu dosel de sillón escuchemos lo qué quiere ese pirata. Son gente de la que nos podemos servir.

Si traen barco grande como dices, y les damos participación, quizás obtengamos aún más beneficios de los que soñábamos. Pero hay que obrar con mucha cautela. Le harás las preguntas siguientes...

La conversación entre los tres cómplices duró más de una hora.

✲ ✲ ✲

Gaston-Marie Charlemagne, instalado en el sillón gubernamental, recibió solemnemente a sus tres visitantes. Miró con avidez la jaula de barrotes de madera en la que varios animales de dos patas y plumas cacareaban agitadamente, y oyó, con especial complacencia, los gruñidos discordantes de dos cerdos, que, atados por las patas delanteras, arrastraba Diego Lucientes.

—Si los cuidas con esmero, producirán muchos hijos que rellenarán tu real vientre, Charlemagne. Es comida de reyes, digna

de ti por lo tanto. ¿Estás contento de mis regalos?

—Adivinaste mis deseos, pirata. Los franceses tenían muchos animales de éstos, pero mis súbditos dieren cuenta de todos ellos en los primeros días de festejos.

—Pídele, pues, consejo a Malikan, para que tus súbditos respeten a estos animales. Y, ahora, que uno de tus cortesanos conduzca a “Medio-Brazo” y a mi esposa a la casa de las “demoiselles” Lesueur. Yo me quedaré a hablar contigo, porque tu charla me encanta.

Cuando Gabrielle de Civry y Diego Lucientes hubieron partido tras un mulato que les servía de guía, el Pirata Negro observó detenidamente la lujosa sala y el entarimado, del que un dosel abierto encima del sillón tapizaba el muro de flotante y largo tapiz de terciopelo.

—Vives bien, Charlemagne. Y estás cómodo en tu sillón. Me contentaré con esta silla, porque no tengo costumbre de hablar en pie.

—Siéntate, te lo permito. Quisiera que me respondieras a varias preguntas. ¿Cómo te conocen en el líquido elemento?

—Las olas murmuran mi nombre cuando mi velero las acaricia. Soy el Pirata Negro. Negro, porque me gusta vestir de serios colores, porque hombre serio soy.

—¿Cuántos barcos blancos has hundido?

—Perdí la cuenta.

—¿Degollaste muchos enemigos?

—No soporto la vista de un cuerpo sin cabeza. Prefiero que echen a los que sobreviven a los ojales de sables, en calderas de aceite hirviendo. Mientras se cuecen, gritan alegremente y me distraen.

—¡Oh..., ya...! — y Charlemagne, quitándose el tricornio, se limpió el sudor que empezaba a brillar en su frente—. Y dime, ¿las mujeres y los niños te infundirán cierta compasión, no?

—Lloro siempre que los entierro. No los echo en calderas porque en seguida pierden el sentido y no me divierten. Los entrego a mis piratas, que con ellas se entienden y con los niños se limitan a tirarlos al agua para que aprendan a nadar desde su más tierna infancia.

—¿Has transportado a esclavos de mi color?

—Si bien me pagan, sí. Pero preguntas mucho, rey. ¿Por qué?

Bien aleccionado, el negro fingió asombrarse.

—Velando por el bien de mis súbditos, quiero saber con qué intenciones trajiste a tu esposa principal, para que viniera a verse con las “demoiselles” Lesueur.

—La envié para que por sus familiares averiguase qué fuerzas francesas defendían la rada, y una vez sabedor de ello, hubiese atacado la plaza, llevándome rehenes para cobrar rescate. Pero como mestizo panameño que soy, vosotros, los pobladores legítimos de las Américas, sois amigos, y no lucho contra quienes como tú saben conquistar su independencia. ¿Qué más quieres preguntarme?

—Tengo que pedir consejo a Malikan. Regresa dentro de dos horas. Mientras, puedes pasearte libremente por la ciudad, y si alguna mujer te gusta, pídemela por esposa.

—Volveré dentro de dos horas. Pero repara en mis narices, son como pico de aguilucho y no les gusto a las mujeres. Además, la mía es muy celosa, y como te dije, me sobra con ella. Hasta luego, rey Charlemagne. Que Malikan te aconseje sabiamente.

CAPITULO VII

El desconcierto de los criollos

Diego Lucientes anduvo en silencio junto a Gabrielle de Civry tras el mulato, que por las calles soleadas de Pointe-a-Pitre, les llevaba al domicilio de las “demoiselles” Lesueur.

El mulato detuvose ante una casita de limpia apariencia, señaló la puerta y se marchó. Temblorosa de emoción, Gabrielle de Civry empujó la puerta, e iba a entrar en el pasillo, cuando volvióse colérica al comprobar que Diego Lucientes andaba tras ella.

—¡Marchaos!

—Obedezco órdenes de mi jefe, señora. Me dijo que os acompañara; tengo que hacerlo.

—¡Oh... os abofetearía a placer!

—Oh... os besaría con mayor placer aun, señora.

Prestamente, la parisina subió corriendo las escaleras. Y se desarrolló una escena en la que Diego Lucientes, como testigo, supo apreciar los aspectos incongruentes.

La simultánea exclamación de sorpresa de las dos hermanas, pareció más bien un chillido ratonil, en la que mezclábanse por partes iguales el contento y la pesadumbre.

Confundidas durante un instante en estrecho abrazo, las tres mujeres permanecieron en silencio lloroso. Al fin, Pulcherie cayó desplomada en su poltrona, sonándose con vigor.

—Eres la misma que reproduce el camafeo que nos enviaste por el último barco francés, Gaby. Te reconocí instantáneamente.

—¿Tuviste buen viaje? — inquirió Odile, parpadeante entre lágrimas.

—¡No seas mentecata!—gritó Pulcherie airada—. Buen viaje..., buen viaje... ¡Qué pregunta más estúpida! Pero...—y se enderezó

con rostro ansioso—si has venido, es que un barco francés ha entrado en rada y que vuelven los franceses a ser dueños de... Pero no hemos oído rumor de combates, ni cañoneo... — De pronto, miró severamente al pelirrojo madrileño, que en pie, al extremo de la terraza, las contemplaba con leve sonrisa. —¿Quién es el caballero que te acompaña?

—Es horrible cuanto sucede, tía Pulcherie —gimió Gabrielle—. ¿Cómo habéis podido sobrellevar tamaña hecatombe?

—Te pregunto quién es el caballero que te acompaña.

—Un... pirata español—musitó Gabrielle.

Odile lanzó un grito agudo y Pulcherie, revolviéndose inquieta en los almohadones de su poltrona hasta alcanzar su frasquito de sales inglesas, de cuyo gollete aspiró rumorosamente.

—¿Qué infernal broma es esta?— gritó Pulcherie, recordando el léxico paterno—. ¡No respetas mi estado de debilidad! ¡Las parisinas sois insoportables! Vienes cuando no debes venir y hablas de piratas españoles, insultando a ese honrado caballero.

—¡Ese honrado caballero es un pirata¡—repitió Gabrielle estremecida. —Me besó..., y abajo, me amenazó con besarme de nuevo. Su jefe es el Pirata Negro, que es el que me ha traído en su velero hasta aquí. Y ahora está conversando amigablemente con el negro Charlemagne.

Odile y Pulcherie se miraron de pronto, apenadas. Supieron comprenderse sin palabras: la emoción de llegar en tierra que creía civilizada y que halló en manos de los martiniqueses, había enloquecido a la pobre muchacha.

—Veamos, veamos, Gaby—dijo Pulcherie—. Siéntate y aspira un sorbo de mis sales: son excelentes para la jaqueca. Acérquese, caballero. Mi nombre Pulcherie Lesueur, hija soy del que fue chambelán mayor del gobernador, y viuda del secretario militar. ¿Tenéis la bondad de declinarme vuestra categoría?

—Diego Lucientes, veinticuatro años, hombre de mar, nacido en Madrid. Cursé leyes en Salamanca y Alcalá de Henares, y en estos instantes soy hombre dichoso, ya que de escolta sirvo a vuestra adorable sobrina.

Pulcherie sonrió amablemente, aquel caballero expresábase en lenguaje mundano.

—Perdonad a Gaby su inocente broma anterior—y tendiendo su

mano para que el pelirrojo la besara, añadió—: Calificaros de pirata es lo que me hace temer que sufre momentáneamente una perturbación de sesos.

—Me avergüenza ante vos reconocer que vuestra sobrina no miente, señora—dijo Lucientes, inclinándose para besar la mano de la viuda—. Mi jefe es el Pirata Negro y yo soy su medio brazo zurdo.

Pulcherie Lesueur retiró vivamente su mano como si acabara de recibir una mordedura en ella en vez del respetuoso beso. Odile chilló de nuevo, parapetándose tras su hermana.

—Abrumada..., estoy abrumada y desconcertada — reconoció Pulcherie con la vista baja, sin mirar al madrileño que habíase de nuevo retirado al otro extremo de la terraza—. Hazme el favor de aplicarme un pañuelo mojado en las sienes, Odile. Y tú, explícate, Gaby. Pero con sensatez. Explica cuanto te ocurrió desde que de Francia partiste.

Gabrielle de Civry relató con sincera fidelidad y extensión su odisea desde que conoció en Kerdal al que le fue presentado como Carlos Lezama.

Terminaba su relato, cuando Odile chilló de nuevo estridentemente. Y las dos mujeres miraron hacia donde ella fijaba las pupilas grises, agrandadas por el temor.

El atuendo del Pirata Negro no dejaba lugar a dudas en cuanto a su profesión. Y pese a su cortés reverencia, de nuevo acudió Pulcherie al frasco de sales inglesas.

—Permitidme, señoras mías, que os ofrezca mi sincero respeto. No reparéis en mi aspecto, sino que ruego aquilatéis la prístina claridad de mis intenciones. Sana y salva ha venido vuestra sobrina, y es mi deseo que sanas y salvas regresen vuesas mercedes a Francia, mientras tarden los galos en poner orden en la isla que perdieron.

—Estoy desconcertada,, completamente desconcertada, Odile —gimió Pulcherie—. ¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos decir? Habla tú alguna vez, en lugar de chillar, con lo que solo aumentas mi jaqueca.

Odile sacó fuerzas de flaqueza e irguió la diminuta figura.

—De Martiniqueses sublevados menos perjuicio nos puede ocurrir que de piratas como vos, señor.

—El empleo nunca pinta al hombre, señora. Ved el caso de los funcionarios que en la isla antes había. El rey de Francia los mandó para que colonizaran, no para que traficaran en carne de esclavos. Bien hizo Charlemagne en escarmentar a los que tan indigno comercio ejercían.

—¡Inundó de sangre Pointe-a-Pitre para ser él quien vendiera esclavos con la ayuda de dos franceses renegados! —clamó de un tirón Odile, y agotada por los nervios y la desconcertante situación, cayó sentada junto a Gabrielle, que recobrada la frialdad, escuchaba atentamente.

—Es interesante lo que acabáis de decir, señora — murmuró el Pirata Negro—. ¿Tenéis la bondad de aclararme ese punto? ¿Quiénes son esos don franceses que citáis? Charlemagne aseguró que había mandado degollar a todos los hombres de la guarnición y que no quedaba ningún francés.

—No sé dónde nos conducirá esta conversación, señor — habló de pronto Pulcherie—pero vuestros modales son de caballero, y renuncio a portarme como acostumbro dada la anomalía de esta situación. ¿Qué es lo que le interesa saber y para qué deseáis saberlo?

—Seré quizás algo largo, señora pero sesearía aquietar vuestros recelos. Por fortuitas circunstancias del destino dejé de ser profesor de esgrima para lanzarme al mar. Sobre las olas quien quiera hacerse respetar, cuando las autoridades le persiguen debe adoptar un pabellón. Opté por ser pirata a mi modo. Sí, a piratas maté en lucha franca; y todo el que bajo mi espada cayó fue porque buscaba mi vida. Ante las damas puedo llevar la frente bien alta, porque lo que de caballero me resta, me hace respetar el recuerdo de la madre que nunca he conocido. Y aborrezco sentimentalismos cuando de mí hablo. Me califican de charlatán, de jactancioso soberbio y de “metementodo”. Acepto como veraces esas calificaciones. Hablo cuando es preciso y con cuanta extensión el caso requiera. Soy jactancioso soberbio porque si en algo me empeño cumplo mientras en pie esté; no reconozco más autoridad sobre mí que la mía.

Y es tal mi orgullo que si por épocas me siento Don Quijote, a palos no me tomen porque ciño espada y sé manejarla. Métome en todo cuando tropiezo con seres desvalidos, y soy feliz y sé reír porque nunca agradecimiento espero. Cuanto hago lo hago porque

tal es mi voluntad y si me descalabran la cabeza, confío en que La Altísima Justicia Final tendrá tolerancia conmigo. Quien me teme, me apoda Pirata Negro; quien me aprecia y me tolera me llama como fui bautizado: Carlos y Lezama por el apellido que yo me añadí. Si las autoridades me buscan para colgarme, yo cadena de oro cuelgo de mi cuello y de nada me avergüenzo, porque a honra tengo ser llamado el Pirata Negro. Ese soy yo, señora.

La orgullosa sencillez con la quo habló Carlos Lezama hizo obrar impulsivamente a Gabrielle de Civry, que levantándose vino a apoyar su mano en el antebrazo del Pirata Negro

—Creo haberos comprendido, señor Lezama. Joven soy y exasperante he sido a veces. Perdonadme y daos cuenta de mi inexperiencia, pese a que creía ser mujer experimentada. Ahora comprendo que fui injusta con vos y os ruego me consideréis vuestra amiga.

El Pirata Negro emitió su característica carcajada breve que sonaba agradablemente como exteriorización de un alegre temple que encubría una tragedia sentimental íntima.

—Palabras como las que acabáis de pronunciar, señora, son las que me sirven de inigualable recompensa. Desearía que vuestras señoras tías lograsen tolerarme y adivinasen que ningún daño de mí puede alcanzarles. ¿Tenéis la bondad, Mlle. Pulcherie, de ilustrarme sobre el efímero reinado de quien creí vengador de raza esclava?

—¿Efímero? Tened en cuenta, señor Lezama —y Pulcherie apoyó diplomáticamente sobre su calificativo, —que va por dos meses que Charlemagne siéntese con ínfulas de emperador, y no veo ya fin a su reinado tiránico.

—¿No os dije que yo era atrozmente soberbio? Triste baladronada sería el que yo no supiera cumplir lo que me he propuesto. Dije que el reinado de Charlemagne será efímero porque he llegado yo a Pointe-a-Pitre, y si aborrezco los blancos que a pretexto de civilizar sojuzgan la raza martiniquesa, más aborrezco a quien siendo hermano de ellos, acaso los engaña, cosa que imperdonable es a mi punto de vista.

—Escuchad entonces quién es Charlemagne. Se vale de la superstición de los martiniqueses para, asesorado por Jean Perrier y Louis Musson explotarlos y esclavizarlos aún con más dureza que antes.

—¿Perrier y Musson? Franceses de pura cepa son los nombres.

—Nos humilla, señor Lezama, tener que admitir que franceses son esos dos renegados — dijo Pulcherie con tristeza—. Vinieron a Pointe-a-Pitre para ofrecerse como capataces de plantación, pero el propio gobernador no quiso admitirlos razonando que eran dos hienas crueles. Suponed, pues, cuál ejecutoria sangrienta será la vida de ese par de malandrines cuando el gobernador que no escatimaba mucho los castigos ni recomendaba a sus capataces suavidad, no quisiera dejar libres a Musson y Perrier frente al pobre negro trabajador.

—Entrando en rada, anclé entre dos cascotes de poco velamen que por sus toscas lonas, dióme el efecto de ser barcazas reconstruidas.

—Algunos martiniqueses ebrios de sangre, prendieron fuego a las dos naves negreras, pero Charlemagne se encolerizó profundamente y dio orden de extinguir el naciente incendio. Manifestó a los extrañados martiniqueses, que incendiar “las maderas gigantescas” atraería la divina cólera de la lejanía. Serán quizás cosas que pueriles os parecerán, señor Lezama, pero la mentalidad negra es infantil hasta dentro de su misma crueldad. Quizás hubiéramos sonreído Odile y yo, a no ser por la sensible y dolorosa existencia de la “empalizada”.

—¿Dónde se halla situada? Tenéis, “madeimoselle” Pulcherie, una forma de relatar cuya concisión envidiaría un notario real.

Pulcherie Lesueur se esponjó ante el sincero elogio.

—La “empalizada” es un seto circular construido con espinos, alrededor del que montan guardia, armados con machetes y pistolas, elegidos martiniqueses. Gracias a mis demandas, Charlemagne consintió en conceder lonas para que las francesas se cobijaran bajo ellas, así como la chiquillería.

—¿Nunca sufristeis impertinencias?

—¡Bien si habrían guardado!—exclamó Pulcherie indignada—. Saben todos que nosotras dos no estábamos de acuerdo con los métodos del último gobernador y mi padre pecó de débil con ellos. Un día vinieron a vernos Musson y Perrier; sentíanse insolentes pero Charlemagne les atajó manifestándoles que nosotras estábamos bajo su especial protección. Charlemagne es un bribón, pero nos respeta.

—Le apuntaré ese tanto a su favor. ¿Qué trato reciben las

mujeres y niños franceses?

—Los niños estaban asustados, pero las mujeres lograron irlos aquietando. Viven permanentemente con la inquietud de una horrenda muerte cercana, porque saben que el día que aparezcan por el horizonte naves armadas francesas, morirán presas en llamas. Junto a las empalizadas, están amontonados haces de ramajes secos.

—¿Alguna dama ha sufrido ultrajes?

—Musson y Perrier querían... pero se opuso Charlemagne diciendo que eran consideradas como rehenes de Malikan y el pueblo se sublevaría si cualquiera de ellas sufría daño, porque estaban destinadas a las llamas, y eran tributo que a Malikan pertenecía.

—Otro tanto a la cuenta favorable del negro faldero. Una última información solicito, "mademoiselle" Pulcherie. Esta plaza tenía antes murallas artilladas. La guarnición poseía pistolas y fusiles. ¿Dónde se halla todo ese armamento? Porque sólo he visto machetes, y descoronadas están las murallas.

—Charlemagne nos contó que para evitar que ningún martiniqués siguiera su ejemplo y osara rebelarse contra él, mandaría con la expedición de esclavos todos los cañones y armas de fuego para ser vendidas al inglés. Piensa sólo en almacenar cuantos más medallones posibles, que es como llama a los luises de oro. Sabe que tarde o temprano las naves francesas vendrán. Y anda ya preparando su segunda y última expedición de esclavos.

—Gracias. Quedo excelentemente informado. Ahora solicitaría de vos una merced, Gabrielle. Convenced a vuestras señoras tías, que aunque incómodo, mi "Aquilón" reúne condiciones para que me honren alojándose en él. Desearía que abandonarais esa casita por el momento, mi señora.

—Mi padre afirmaba que la rata más despreciable es la que huye de donde halla comida, cuando el peligro acecha. Queremos, tanto mi hermana como yo, seguir la misma suerte que nuestras compatriotas de la empalizada.

—Admiro vuestra actitud, señora, pero os suplico que atendáis mi ruego. Gústame cuando se me hinchan las narices, y perdonadme la grosera expresión, tener rienda libre. Sabiéndoos aquí, me sentiría trabado.

—¿Qué os proponéis? — inquirió Pulcherie intrigada.

—Suscitar la segunda rebelión en Martinica. Pero no temáis; si a mi bordo os sé, podré actuar libremente y os garantizo que mi primer afán será cerciorarme sin dudas de ninguna especie, que los seres de la empalizada queden protegidos.

—Pero... Charlemagne nos tiene prohibido que intentemos fugarnos. Sabe que no lo hubiéramos intentado, pero ahora que vos habéis llegado, pues...

—No olvidéis, "mademoiselle", que soy el Pirata Negro para los demás. Dejad a mi albedrío contar vuestra desaparición.

Las dos hermanas, con ademanes excitados, recogieron aquello que más apreciaban de su ajuar. Fué con mirada triste que Odile examinó su armario de luna, y el Pirata Negro sonrió:

—No os preocupéis, "mademoiselle" Odile. Si Diego Lucientes no tuvo inconveniente en servir de lacayo a mi linda Gabrielle, menos inconveniente habrá en que algunos de mis hombres lleven a bordo cuanto contiene esta casita. Estudiante, ofrece tu brazo a mademoiselle Odile. Y vos, señora, dignaos aceptar mi zurda, ya que el brazo derecho está reservado para la que cree es mi esposa.

En la playa de la rada, el negro Tichli apoyado en los remos, maniobró hasta un pequeño desembarcadero cuando vio llegar a su jefe con las tres mujeres y el madrileño.

Montaba ya Pulcherie instalándose en el banquillo de proa, cuando una decena de martiniqueses enarbolando machetes surgieron de pronto corriendo. Protegiendo a las dos mujeres, Diego Lucientes desenvainó. El Pirata Negro avanzó varios pasos, manteniendo amartilladas en sus manos las dos pistolas.

—¡Alto la tropa!—gritó burlón—. ¿De cuándo acá carne negra se atreve a sentirse bravucona conmigo? ¡Alto, dije! Tú, gordito, retrocede o tendré qua hundirte plomo en el sebo.

El aludido frenó en su empuje, pero siguió agitando su machete en ademanes poco tranquilizadores.

—Charlemagne prohíbe que las "demoiselles" viajen—dijo roncamente.

—Las órdenes de Charlemagne nada tienen que ver conmigo. Es mi buen gusto elegir por esposas a las "demoiselles" Lesueur. ¡Atrás con vosotros! Yo os acompañaré a visitar al rey, que me aguarda. Tú, Lucientes, ayuda a subir a la lancha a las señoras...

Odile lanzó un chillido asustado cuando vio al grupo armado de

martiniqueses abalanzarse hacia Diego Lucientes; el madrileño repelió a los primeros agresores, con raudos molinetes de su espada.

El Pirata Negro disparó dos veces. Al aire, pero los tres mulatos que más cerca de él estaban, diéronse a la fuga...

—¡Aguanta, estudiante, que pocos son y huyen!—gritó alegremente Lezama—. Sáltales los machetes y dales sólo pinchazos...

Ambos hombres semejaron molinos latigueantes. Los círculos de sus aceros entrechocaban vigorosamente con los anchos machetes. Simultáneamente hundieron las puntas de las espadas en dos brazos martiniqueses. Los aullidos de dolor de los heridos, contagiaron de pánico a los otros restantes... y en el suelo de la playa quedaron cuatro machetes, mientras los bruñidos cuerpos de los que habían intentado oponerse al embarque, alejábanse corriendo hacia el palacio.

Odile y Gabrielle desenlazáronse del estrecho abrazo con el que tras las anchas espaldas del batallador madrileño, habían asistido horrorizadas al breve y brutal combate.

—Pasó la nube negra — dijo sonriente el Pirata Negro—.Tras la tormenta la calma—. Tocó en el hombro al negro sordomudo, que durante la lucha habíase puesto en pie, esgrimiendo su corvo sable de abordaje. —Recto al velero, copo de nieve. pocas veces llevaste tan dulce pasaje. Dos damas de espléndido otoño, y una damita de risueña primavera. Hazles los honores de mi “Aquilón” mientras yo esté ausente, bachiller.

—¿Os... os quedáis solo en tierra después de “esto”? — demandó Odile estremecida.

—Me guardan las espaldas veinte cañones a bordo... y mi desfachatez en tierra. Agradezco vuestra preocupación, linda Odile. —Tendió el brazo rectamente, modulando un estridente silbido especial, que era el único sonido al que el sordo tímpano del piloto negro era sensible. Lentamente, pero con fuerte remada, la lancha fue alejándose hacia el anclado velero, que distante media milla de la playa, erguía su esbelta línea luchadora entre las toscas siluetas de dos barcazas de amarillentas lonas sin tripulación.

Cuando las tres mujeres halláronse a solas en la camareta de la sala capitana, Odile dijo vacilante:

—No te enfades, “chérie”... pero el señor Lezama por hacerme

vivir emociones, me es… agradabilísimo.

Pulcherie asestó una mirada colérica a su hermana.

—¡Piensa en las que sufren en la empalizada! Siempre serás una coquetuela sin sesos… pero en fin, también yo reconozco que ese brioso caballero pirata, es hombre guapo y bizarro por su apostura.

Gabrielle de Civry sonrió esperanzada. No quería manifestar que abundaba en la opinión de las dos hermanas… pero sentía en su alma que el antiguo temor que experimentó por Carlos Lezama, íbase convirtiendo en un sentimiento más peligroso.

CAPITULO VIII

Los cuatro compiches

Cuando el Pirata Negro marchóse de palacio, Charlemagne no se movió de su sillón. La cortina de terciopelo que endoselaba el muro tras el sillón agitóse y por cada lado surgieron las figuras de Jean Perrier y Louis Musson.

—¿Oísteis lo bien que le pregunté lo que deseabais?—dijo Charlemagne complacido—. Vióse obligado a contestarme con toda claridad. ¿Qué más debo hacer cuando vuelva?

Louis Musson sorbió aire conteniendo su irritación, mientras Jean Perrier más dúctil limitóse a manifestar en su protectora actitud, un leve desdén.

—Paréceme que has quedado satisfecho de tu interrogatorio—dijo.

—Contestó sin embajes a todas mis preguntas. Y temía que se enfureciese. No suelen esos piratas admitir...

—¡Imbécil! — estalló Musson. — ¿No te diste cuenta que hacía mofa de ti? Tan sólo un negrazo estúpido como tú puede haber creído los embustes que te endilgó de sus calderas de aceite hirviendo y de sus rociaduras de mar con cadáveres de niños ahogados. ¡Estúpido!

Con majestuosa dignidad, Charlemagne enderezóse en el sillón.

—No quiero que me insultes, Musson. Soy el rey de la Martinica. Y me bastaría una orden para que te cortaran el cuello.

—Tu cuello tampoco puede librarse de que yo lo corte — dijo Musson, avanzando un paso.

—Morirías — dijo Charlemagne, temblando levemente, pero con siniestra expresión—. Los martiniqueses vengarían mi asesinato.

—Haya paz — intervino Perrier, que actuaba siempre de agente

conciliador—. Charlemagne nos necesita porque sólo nosotros sabemos maniobrar los barcos, y nosotros le necesitamos por su influencia sobre la plebe achocolatada—y con sonrisa maligna añadió—: Discutamos siempre como tres asociados que perseguimos el fin de enriquecernos pronto. Sin que te moleste, Charlemagne, debo reconocer que Musson tiene razón. El Pirata Negro se burló de ti.

—¡Vosotros sois los estúpidos! — chilló el negro—. Calderas de aceite hirviendo no son fanfarronadas de pirata. Todos sabemos que los piratas matan a diestro y siniestro sin el menor remordimiento. —Y con brusca sinceridad, el negro suspiró: —A veces quisiera ser como ellos. No sentir remordimientos... Dormir todas mis noches sin ver las sombras grises de mis hermanos que gimen bajo el látigo inglés.

Louis Musson rió sardónicamente y Perrier le imitó.

—Tarde es para escrúpulos, Charlemagne. Olvida las sombras grises y piensa sólo en el Pirata Negro. Ese bandido viene aquí con intenciones poco limpias. Apostaría mi cofre a que quiere hacer rebatiña con todo lo que hemos reunido. Debes conseguir que se vaya cuanto antes. Ahora cuando vuelva estaremos contigo; para nada debes mencionar la expedición de esclavos, y ofrécele cien luises de oro y veinte mujeres martiniquesas si se va.

—¿Cien luises de oro? — protestó escandalizado el negro—. Es mucho medallón. Le ofreceré cincuenta mujeres.

—Piensa que más vale que entre los tres perdamos cien medallones a que nos robe todo.

Seguían aún discutiendo cuando oyéronse pisadas aceleradas, y un grupo de martiniqueses sudorosos y jadeantes, detuviéronse ante el sillón real. Dos de ellos agarrábanse amorosamente el inerte brazo herido que manaba sangre por un punto abierto en la morena carne.

—¡Se fueron! ¡Nos atacó! ¡El Cabello de Fuego me hirió!

—¡El del turbante rojo atravesó mi brazo, rey Charlemagne!

—¡Silencio!—gritó el negro, imponiéndose a la algarabía—. Habla tú, Vervingetorix. ¿Qué son esos clamores? ¿Qué ha sucedido?

—Los dos piratas lleváronse a las “demoiselles” Lesueur. Yo les ordené en nombre tuyo que no las embarcaran, pero se me echaron

encima y no nos mataron porque supimos defendernos como valientes guerreros que somos... Las tres mujeres blancas se fueron con Cabello de Fuego y un hombre de tu color, hacia la madera gigantesca. Y... hacia aquí viene el hombre del turbante rojo.

—¡Cobardones! —gritó Charlemagne—. Ladráis como perritos asustados y huisteis ante dos hombres solos. ¡Quedaos aquí! Detrás mío. Y veréis cómo a mí no me asusta el turbante rojo por más pirata que sea. ¿Os quedáis aquí, no? — preguntó a los dos franceses, rodando inquieto en sus órbitas los globos blancos de sus grandes ojos.

Louis Musson y Jean Perrier se colocaron a los dos costados de Charlemagne, apoyando ambas manos en sus culatas de pistola. Tras el sillón los diez martiniqueses aguardaron, mientras dos de ellos sorbían con sus gruesos labios la sangre de sus leves heridas.

—Ahí viene—murmuró Charlemagne—. Hay que dejarle hablar... porque en la rada está su trueno de fuego.

El Pirata Negro entró en la gran sala, llevando los pulgares insertos en su cinto, pero las manos reposaban indolentemente sobre las cachas de sus pistolas.

—Salud y paz para ti, Charlemagne. Esperaba encontrarte solo.

El negro forzó el rostro en mueca amenazadora.

—Estoy muy disgustado contigo, pirata. Te has atrevido a herir a dos de mis súbditos y has desobedecido mis órdenes.

—¿No te dije ya que en mí nadie manda? Pero amigo tuyo soy, y no me atrevería a disgustarte, porque me place más verte sonreír.

—Te has llevado a tu madero a las “demoiselles” Lesueur.

—Exacto. ¿Y qué?

—Vas a devolverlas a su casa, porque tengo ordenado que no salgan.

—A mi bordo se quedarán porque así me apetece. Tú eres el rey de la Martinica pero yo soy el rey del mar. No eches ojeadas a tus vecinos blancos. Al yo llevarme a las “demoiselle” Lesueur no hice más que cumplir tus deseos.

—¿Cumplir mis deseos? — dijo el negro asombrado.

—¿No me diste a elegir esposas en Pointe-a-Pitre? He elegido a Pulcherie y Odile Lesueur para que aumenten las nueve mujeres que a mi bordo me guisan y me mecen con gratas canciones.

—Ah—y el negro sonrió—. Eso es distinto. ¿Por qué no se lo

explicaste así a mis súbditos?

—Lo dije, pero me atacaron y tuve que defenderme. ¿No habrías tú hecho lo mismo, rey? Esos osados bribones se atrevían a desobedecerte al atacarme puesto que yo cumplía tus deseos, satisfaciendo los míos.

Tranquilizado, Charlemagne llenó de improperios a sus “súbditos” y atendiendo a algo que le susurró en el oído Jean Perrier, les ordenó que abandonasen la sala. Cuando hubieron partido los martiniqueses, Charlemagne con el ceño fruncido, miró cautelosamente al Pirata Negro.

—Vuelves a burlarte de mí, pirata. Tú llevas otra intención que la que pretendes al apoderarte de las “demoiselles” Lesueur. Son demasiado viejas para gustarte como mujeres.

—¿Este caballero que te ha soplado en el oído es árbitro en cuestión de gustos? No tengo el honor de conoceros, señor consejero de reyes.

—Mi nombre es Perrier — dijo el francés—. Si pretendes engañar a un negro inculto, no intentes lo mismo con nosotros, que como tú sabemos navegar.

—¿Quién engaña a quién? Sería larga discusión, Perrier. Pero si he ofendido tu buena estética de galo al seleccionar las otoñales bellezas de las Lesueur, puedo aclararte que en ellas lo que me complace es que son ricas y tienen parientes en Francia que me pagarán buen rescate.

—¿Y quién te permite piratear en la Martinica?—preguntó Musson interviniendo coléricamente.

—¿Y a ti, quién te da vela en este entierro?

—Si asustas a cuatro salvajes cobardes, no creas que a nosotros nos vas a imponer tu galleo de pirata— rezongó Musson crispando la mano alrededor de la culata de su larga pistola mosquetera.

—No galleo porque no tengo que despertar gallinas. Pero sí te aviso que el olor de la pólvora me encanta y mis dos pistolas son de doble cebo. Vengo a hablar y no a pelear, pero si quieres ejercicio yo nunca me hago el remolón.

—Un instante, Louis—dijo Musson. —Pelear a nada conduce, aunque debo reconocer, pirata, que te comportas provocativamente. ¿Te das cuenta que estás a solas y somos tres?

—Charlemagne es amigo mío, y en cuanto a vosotros dos si

sabéis adicionar sumad la cantidad de ruido que pueden hacer dos pistolas de doble cebo y veinte cañones manejados por cincuenta granujas cuya mayor diversión es oír los quejidos de agonía de sus enemigos. Siempre soy hombre precavido: a mi bordo tienen orden de abrir fuego y desembarcar pasando a cuchillo a todo bicho viviente de Pointe-a-Pitre, si una sola gota de mi hermosa sangre se deshonra manchándose en este asqueroso suelo.

El silencio que siguió pareció servir para que los dos franceses y Charlemagne sumasen “la cantidad de ruido”. Pero el rey negro debíale costar ímproba labor aquella operación aritmética, porque quitándose el tricornio, pasóse el faldón de su casaca por el rostro para enjugar su sudor, mientras inquieto se removía en el lujoso sillón mugriento.

—¿Qué pides para irte?—preguntó al fin Jean Perrier.

—Nada pido y me iré cuando quiera. ¡Cuidado, tú el llamado Louis! El cañón de tu pistola es demasiado largo y antes de que su boca lograse mirarme el pecho, estarías mirándote los sesos mientras resbalasen por el filo de tu nariz. Tengamos una conversación placentera, que quizás más provechoso nos resultará hablarnos en vida que maldecirnos en la agonía de un intercambio de amabilidades plomizas. ¿Por qué quieres que me vaya, Perrier?

—Asustas a los pobres martiniqueses que temen que tus piratas salten a tierra y se lleven mujeres.

—A tierra no saltarán mientras yo no quiera. Pero me pareces listo, Perrier. Y también tú, Charlemagne. Explicadme un misterio: dime, Charlemagne, ¿por qué si a mí me aseguraste que habías degollado a todos los franceses, veo dos a tu lado? Y, dime tú, Perrier, ¿por qué si tanto presumes de saber navegar, estás anclado en esa tierra?

—Éramos amigos de Charlemagne y quisimos quedarnos aquí para cuando los franceses regresen, ayudarle a defenderse.

—Ya. Entonces, ¿por qué dejasteis la plaza sin artillería y a los martiniqueses sin las armas de los franceses degollados? Las dos únicas pistolas buenas que he visto son las que lucís vosotros dos. Algunos martiniqueses llevan algo que creen ser pistolas, pero no son más que tubos de hierro sin cebo ni martillo.

—Un millar de martiniqueses se bastan con sus machetes y nuestro estratégico capitaneo para impedir un desembarco.

—Es falsa tu aseveración, y puedo demostrártelo prácticamente. Me sobran diez de mis cincuenta piratas para que a cañonazo pródigo vea correr al millar de mulatos como almas poseídas por el diablo. ¿Por qué no hablamos sin tapujos ni tunanterías? Ten presente, Perrier, que si estás avezado a navegar será en mares tranquilos e inocentes, no en los tormentosos oleajes con los que siempre he bregado. Voy a exponerte la idea que me ronda por el magín: vosotros sois tres compinches que estáis exprimiendo todo el jugo que podéis sacarle al coco martiniqués. ¿Por qué no formamos un cuarteto? Donde hay para tres, un cuarto también puede sacar tajada. A eso he venido.

Charlemagne balbuceó incoherentes protestas, pero un seco ademán de Jean Perrier detuvo sus incipientes balbuceos.

—Estás en un error, pirata. La Martinica es tierra pobre; no hay oro ni nadie posee fortunas ni joyas.

—Eres torpe, francés. ¿Qué me dices del oro negro y del contenido de los cofres de los que decapitó la turba martiniquesa?

—Poco fue. Todos los funcionarios enviaban sus ahorros a la patria.

—¿Y el oro negro?

—No hay minas ni canteras de tal material.

—Sabes ser actor, Perrier. Pero engaña a otros con tu aspecto de honradez, que sólo reluce en tu rostro tonto. Hay en Pointe-a-Pitre una gran cantera de oro negro o si lo prefieres una gran jaula de “mirlos”.

—¿Te refieres a la trata de esclavos?—preguntó Charlemagne con solemne ademán de hombre ofendido—. Liberé a mis hermanos para hacerles el don de la independencia.

—Entonces eres más tonto aun que tus dos consejeros, rey. ¿No comprendes que reuniendo un rebaño de medio millar de martiniqueses nos podemos repartir entre los cuatro muchos medallones de oro? He visto en la rada dos barcazas inútiles que no habéis pensado en aprovechar. Metemos doscientos “mirlos” en cada una, más trescientos que en mis calas caben, y os doy escolta hasta puerto inglés u holandés.

—¡Esto es piratería!—exclamó Perrier virtuosamente.

—Preferible es a vuestra tontería. Antes me pedisteis precio para que zarpe. Ese es mi precio: llenad mis calas con trescientos

martiniqueses y me iré. Si sois listos, abandonaréis vuestros escrúpulos de hombres honrados y aceptaréis mi proposición.

—No querrán—quejóse Charlemagne—. No se dejarán...

—¿Le pedirás permiso al cerdo que nazca de la pareja que te regalé para cebarlo y matarlo? Tampoco yo pienso pedir permiso. Reflexionad; os doy dos días para que decidáis. Al fin de esos dos días, o me traéis el rebaño o vendrán mis pastores a buscarlo con sus acostumbrados buenos modales.

Dió el Pirata Negro unos pasos hacia atrás.

—Recordad que quiero pasearme con toda holgura por la ciudad. Si me buscáis las cosquillas ateneos a las consecuencias. Pero os creo lo suficientemente sensatos para preferir a mi enemistad, la oferta que os hago. ¿Sois tres compinches? Ha llegado el cuarto. ¡Larga vida a tan digna asociación de cuatro alegres compinches!

La salida del Pirata Negro al exterior del palacio no fue acompañada de elogiosos cumplidos. A los lamentos del negro Charlemagne, mezclábanse las imprecaciones y los denuestos de los dos franceses.



—Entonces, eres más tonto aún...

—¿Compinches?—rezongó al fin Perrier—. Nos dio dos días de plazo; ya sabré yo encontrar algo que inutilice la bravuconería de este infernal Pirata Negro.

—Creo... que mejor haríamos aceptando—habló Louis Musson

—. Escoltados por él, nuestro viaje sería menos peligroso.

—¿No comprendes que en alta mar nos abordarían para apoderarse de nuestra carga y de nuestros cofres? — murmuró Perrier preocupado—. Hay que imaginar algo mejor...

Los tres compinches aprovecharon la ausencia del cuarto, para torturarse la imaginación en busca de una defensa contra el que mandaba en veinte cañones y cincuenta piratas, vigilantes en la mole velera anclada en la rada.

CAPITULO IX

La danza de las vírgenes

La lenta caminata del Pirata Negro por la calle principal de Pointe-a-Pitre aglomeró grupos de semidesnudos isleños y reuniones de turbantes de abigarrado colorido, que en susurros intercambiaban comentarios sobre el “blanco del turbante rojo, amigo de Charlemagne”.

Ahíto de espectáculos pintorescos, el Pirata Negro iba en busca de recrear su retina con la visión de las esbeltas martiniquesas. Sus pasos tenían una meta fija.

Instantes después llegó junto a una barrera de espinosa vegetación, ante la que andaban alertas varios martiniqueses de desenvainado machete. Subió el Pirata Negro sobre una roca cercana y desde su observatorio pudo contemplar un círculo extenso de empalizada espinosa, en cuyo interior mujeres blancas se resguardaban de los rayos del sol bajo tiendas rústicas de lonas y ramas.

Oíanse canciones mientras formando coro cinco niñas de no más de doce años, bailaban grácilmente asidas por las manos en anillo escultórico y conmovedor por su inocente abstracción del permanente peligro que amenazaba sus vidas.

Cruzado de brazos y pensando en Jean Perrier y Louis Musson, el Pirata Negro sintió que una sorda cólera le invadía, mientras la danza de las vírgenes adolescentes francesas continuaba al son de las animosas canciones de sus madres que, con el elegante espíritu francés, preferían sonreír con leve tristeza a llorar con amargo desespero.

De pronto, la danza se interrumpió; las niñas deshicieron el anillo rítmico de sus manos entrelazadas y corrieron a refugiarse en

las amplias faldas de sus madres.

Todos los rostros ostentaban una lividez repentina mirando a lo alto de la roca donde el Pirata Negro, inmóvil y ceñudo el semblante, miraba sin ver el interior de la empalizada.

Los aretes de oro, el pañuelo rojo, el perfil aquilino y el resto del atuendo del espectador, sembraron una mortal inquietud en las prisioneras que, acariciando los cabellos de sus hijos, pretendían aminorar el pavoroso efecto que en sus almas producía la imagen del pirata, que, abstraído en sus poco amables pensamientos hacia los dos franceses renegados y asesinos, no paraba mientes en que su presencia había interrumpido la relativa quietud de la "empalizada".

Al no oír la canción y ver las carreras de las niñas, la cesación de la melodía y el movimiento agitado de las amplias faldas, devolvió al Pirata Negro la noción de la realidad. Su alma verdadera no podía ser adivinada por las que sólo veían su ropaje y sus enérgicos rasgos faciales de luchador que a diario desafiaba la muerte. Sonrió apaciguador..., pero encogióse de hombros ante la muda exasperación que percibía en las femeninas miradas. Exasperación por no poder luchar con éxito defendiendo las vidas de sus hijos contra la amenaza que de pronto había surgido con la figura del pirata que, brazos cruzados, habíales estado contemplando, brillantes de ira los ojos negros.

Y la sonrisa la interpretaron como burlona complacencia ante los horrorosos hechos que en un futuro cercano iban a ensangrentar y ensordecer de clamores aterrorizados los ámbitos de la "empalizada".

El Pirata Negro adivinó aquellos pensamientos en la exasperación de desespero que ostentaban las figuras femeninas. Saltó de la roca felinamente y alejóse a largo paso del lugar donde, por la presencia del medio centenar de centinelas mulatos, no podía tranquilizar con palabras a las prisioneras.

Pero mientras iba hacia la playa, prometíase que la incertidumbre mortal de aquellas infelices criaturas cesaría pronto. Como desagravio sólo pediría que, confiadas y agradecidas, las niñas francesas bailaran de nuevo la pura e infantil rondalla, cuando el reino de Charlemagne cesase.

En la playa, el Pirata Negro entró en la lancha donde Tichli

aguardaba y cuando pisó la cubierta del velero, encaramóse prontamente al castillete de proa. Su silbido de “reunión general” agrupó a pie del elevado entarimado a los tripulantes del “Aquilón”.

—Faena os espera, mis valientes —empezó a hablar en dirección al conjunto de rostros tendidos hacia arriba—. De escasa envergadura para peleones de vuestra talla, porque son enemigos de flojo temple. Os traigo un obsequio de Malikan. No, no conocéis a ese amable sujeto, pero a su conjuro el negro rey y sus dos compinches franceses han amontonado luises de oro en abundancia. Cuando termine la labor encomendada, os repartiréis los cofres de Charlemagne y de los dos franceses. Acércate, “Cien Chirlos”.

Un pirata de rostro corcusido a cicatrices y de imponente fealdad, cuya rechoncha musculatura denotaba una fuerza extraordinaria, destacóse del grupo, mirando con respetuosa fijeza al Pirata Negro.

—Pronto caerá el crepúsculo. Volveré a tierra para hacer compañía a mis tres amigos los reyes de Pointe-a-Pitre. Abre bien tus orejas, guapetón. ¿Viste andar al gato cuando ronda al ratón? ¿Por qué lo alcanza? Porque sus pisadas son tan lentas, que sólo el ratón se da cuenta al caer sobre su lomo la zarpa gatuna. Hay una cincuentena de ratones que, con machetes por toda arma, rodean, vigilantes, una valla de espinos y troncos. Lo que hay en el interior de esta empalizada es, no sólo sagrado, sino que ni siquiera os deben ver vuestros rostros de bebedores de sangre. A las cuatro de la madrugada, a la hora en que más trabajo cuesta guardar abiertos los párpados, tú te las habrás compuesto ya, “Cien Chirlos, para que, viniendo sin ser vistos por la vertiente de la loma, cacéis los ratones que rondan la empalizada. Para ese ataque llevarás veinticinco hombres contigo. Cuando no quede un solo ratón, seréis vosotros; quienes montaréis la guardia, dando la espalda a la empalizada para que las damas que en su interior haya no os vean el rostro. Prometo veinte latigazos, que yo mismo adjudicaré, al que asuste con su jeta a las prisioneras. ¿Cincuenta mulatos cobardones con machetes, de los que más de la mitad dormirán, te parecen muchos para veinticinco bergantes a tu mando, “Cien Chirlos”?

Con horrenda sonrisa de suficiencia, el lugarteniente de acción del Pirata Negro escupió por el colmillo.

—Con tu perdón, señor. Escupo porque esta noche seré gato,

pero, ¿nos llevamos armas de fuego, que pueden dispararse y hacer ruido, o sólo los sables y cortacarnes? Me creo que, según tu explicación, nos deseas prontos y silenciosos.

—Gran talento tienes, guapetón, para mozo de pelea. Tras vosotros, diez más portarán cuatro cañones con sus alimentos, y tan pronto que de vuestro el exterior de la empalizada, instalarás en cada punto cardinal uno de los cañones. Y entonces quedáis libres de hacer cuanto ruido queráis para rechazar los intentos de ataque que podrían surgir. Sólo hay una verdad: la empalizada debe ser defendida por vosotros, que ratones no sois. ¿Has comprendido bien, "Cien Chirlos”? El clareo de la vigilancia de la empalizada ha de ser hecho, en silencio y a sable, a las cuatro en punto de la madrugada. Inmediatamente colocad los cañones, terciad en bandolera los fusiles y las pistolas, y a quien se acerque con ganas de querella, quitadles con pólvora todo deseo peleón.

El Pirata Negro tendió la mano señalando a otro pirata de flacas piernas descomunales y ancho tórax huesudo, que a diferencia de los demás llevaba al cinto larga espada duelista y terciada a la espalda una guitarra.

—Tú, “Piernas Largas”, a bordo te quedarás con los restantes. Ningún martiniqués pisará ésta cubierta. Misión sencilla, ¿no, andaluz? Cuando alboree habrás mandado a tres de los que a tus órdenes queden para que en cada una de las dos barcazas desiertas acumulen estopa y ahuequen las velas arriadas para que prendan pronto fuego, cuando al despuntar la aurora tus cañones disparen en andanada sobre ambas barcazas, tomando por blanco las lonas y las estopas rociadas de pólvora. Quien de vosotros, mis valientes, no haya comprendido bien su misión, hable por su boca, que no tengo nunca reparo en repetir las cosas.

Apoyadas las manos en el reborde del castillete, el Pirata Negro miró hacia abajo, pero ningún rostro demostraba otra cosa que profunda atención.

—¡Ajajá! Además de bravos sois dueños de buenas entendederas. Medio turno a dormir para acumular energías. El otro medio a triple ración para velar. Y trabajad bien, porque sería vergonzoso que los que tienen el honor de pisotear la cubierta del “Aquilón” tuvieran la menor dificultad en mantener quietos a un rebaño de mulatos de sangre clara.

Diseminóse el grupo mientras en el horizonte el disco del sol partíase por la mitad al ir desapareciendo como engullido por el mar.

Abajo del castillete sólo quedó un hombre: Diego Lucientes.

—Sube a mi lado, bachiller. Dime, ¿qué tal soportan el olor a brea y mugre piratesca las tres damas?

—Aceptaron de muy buen grado el quedar encerradas en la sala camareta capitana, jefe. Dicen que sólo tú y yo tenemos rostros de personas. Confían en ti, como todos nosotros. Pero has dado misión a “Cien Chirlos” y misión a “Piernas Largas”. ¿Me consideras ya un inválido que de mí no quieres hacer uso?

—Si quisquilloso eres, es sin motivo, madrileño. Supón que, pese a mis previsiones, algo imprevisto surja. Necesita saber que a bordo hay un caballero truhán como tú, que sabrá llevar a buen puerto a las tres damas. No rechistes, “Medio-Brazo”; cada hombre en su sitio es mi lema.

Y cuando no hay mujeres que velar, yo el primero soy en elegirte para luchar a mi lado. Despídeme de las damas hasta mañana al amanecer. No digas palabra, Diego Lucientes, contra cuanto acabo de ordenarte. No soy un dómine maestro al cual puedes replicar como estudiante indisciplinado; no me obligues a recordarte que cuando mando algo, la única respuesta es callar y obedecer.

Alejóse el Pirata Negro y poco después de nuevo partía hacia la playa en la lancha remada por Tichli. En el desembarcadero aguardaban Charlemagne y los dos franceses. Oscurecía…

—Cené ya, mis amigos—saludó el Pirata Negro saltando a tierra —. Y a recrearme en vuestra compañía vengo.

La larga conversación del trío había fructificado en un madurado plan cuya primera parte residía en la invitación que, con obsequiosa sonrisa, Charlemagne presentó al Pirata Negro a su llegada.

—Hemos meditado en tu oferta, pirata. Creo que nos pondremos de acuerdo, y en señal de amistad, acepta ser mi invitado de honor para los festejos de esta noche. He decidido que se efectúe la fiesta nupcial de la Danza de las Vírgenes.

Carlos Lezama arqueó las cejas sorprendido. Era singular coincidencia que aquella misma tarde hubiera él calificado así la inocente expansión juvenil de las niñas francesas.

—¿Qué danza y qué vírgenes?—preguntó mientras, siguiendo a los dos franceses, andaba hacia la ciudad junto a Charlemagne.

—Sabrás que una muchacha martiniquesa está lista para casarse a los doce años y ella sola debe escoger su marido. Ningún hombre puede cortejarla hasta que ella le ha demostrado que es su elegido. Nuestra fiesta nupcial es el gran festejo del año. Las muchachitas hacen relucir sus cuerpos de oro viejo con aceites de coco y su piel brilla como medallones. Encima de la oreja izquierda y fuertemente sujeta entre las espesas cabelleras, para evitar que se les caiga durante la danza, llevan una blanca flor de "hibiscus". El "hibiscus" blanco es la flor sagrada de las vírgenes y cuando se colocan una encima de la oreja izquierda es para señalar que están dispuestas a tomar marido.

—Describes con excelente estilo oratorio, rey. Deseando estoy ya asistir a esa invitación al casorio... de los demás.

—Empieza a la salida de la luna, hacia las dos de la madrugada, cuando sus rayos rebasan el volcán del centro de la isla, y a su luz toman los contornos color de plata. Mientras llega la hora, y para sentar nuestra alianza próxima, ¿quieres jugar al naipe con nosotros en mi palacio? Soy un gran jugador; me enseñaron Musson y Perrier.

—Manejemos las cartulinas y para demostrarte que soy tu amigo, te permitiré que luzcas tus habilidades, haciéndome el ciego si no abusáis demasiado en las fullerías.

Cerca de las dos de la madrugada, Charlemagne estaba del mejor humor del mundo. Aquel pirata era más cándido de lo que creía; no sólo había perdido buenos medallones de su bolsa bien repleta, sino que al oír el lejano "tam-tam" que anunciaba la salida de la luna coronando la cima del volcán, púsose en pie velozmente.

—¿La marcha tamboril del casorio?—preguntó el Pirata Negro —. Vamos allá.

Charlemagne ostentó la mejor de sus sonrisas; sus consejeros no habían fallado en sus predicciones. Faltaban ya sólo dos partes más del plan proyectado...

En el boscaje posterior al palacio, en la explanada que antes había sido parque del gobernador, congregábanse todos los hombres jóvenes que iban a tomar esposa, o que deseaban tomarla. Permanecían en pie, brazos cruzados como el rito exigía.

Varios martiniqueses de blancos cabellos sentábanse sosteniendo entre sus dobladas piernas planos tambores, sobre los que apoyaban las morenas manos simiescas.

Cuando Charlemagne sentóse, haciéndolo a su lado el Pirata Negro y delante de ellos los dos franceses, los tambores empezaron a sonar. Lenta y casi imperceptiblemente al principio, luego gradualmente más fuerte, hasta alcanzar un diapasón desenfrenado y bárbaro, elevóse la cadenciosa melopea.

Las vírgenes, catorce en total, empezaron su danza descubriendo el sagrado rito de su pureza pidiendo marido.

Cada movimiento muscular de los estatuarios cuerpos de bronce tenía un significado, que Charlemagne iba explicando, complaciente, a su “invitado de honor”.

Una hora después, a una señal de Charlemagne, la música cesó de repente y las bailarinas se echaron al suelo cantando una especie de himno triunfal, cubriendo con la mano su flor de “hibiscus” para evitar que tocase el suelo.

Charlemagne se levantó y avanzó hacia el centro del claro donde estaban tendidas de bruces las muchachas. Se hizo un silencio solemne mientras él, con amplio ademán majestuoso, empezaba a hablar:

—A vosotros que buscáis esposa, os hablo. Sólo los hombres más fuertes podrán llevarse mujer. Aquí, a la luz de la luna, que se adelanten de dos en dos y por turno los hombres y enseñen qué fuerzas corporales poseen luchando. Y así las vírgenes podrán después escoger a los más fuertes de vosotros.

Al conjuro de las palabras de Charlemagne, dos martiniqueses lucharon por espacio de diez minutos hasta que de sus cuerpos sudorosos jadeos roncos fueron brotando. Uno de ellos quedó tendido inerte, y el vencedor, con un grito gutural, lo apartó del claro para que otros dos entraran en liza.

Faltaban minutos para las cuatro cuando Musson y Perrier levantáronse, anunciando que iban a dormir. El Pirata Negro les despidió amablemente ondeando la mano.

—Estoy sin sueño ante ese maravilloso festejo, rey—declaró cuando hacía ya tiempo que se habían ido los dos franceses—. Quedan aún más luchas y me gustan más las que se acercan que las que han tenido ya lugar. Ese modo de luchar silencioso y gatuno es

muy recomendable.

—Celebro que te guste. ¿Ves aquellos barriles amontonados al final del claro? Es legítimo coñac inglés. Ya se ha efectuado la media parte del rito sagrado nupcial. Van a venir ahora todos los habitantes de Pointe-a-Pitre, hombres y mujeres, para presenciar la segunda parte. ¿Por qué no haces que tus piratas vengan? Habrá bebida para ellos y todas las mujeres que quieran les pertenecerán.

—¡Eres genial y magnánimo, rey —sonrió el Pirata Negro—. Pero de noche no quiero que mis corderos anden trasnochando. Aquí alborea pronto; a las cinco daré la señal para que vengan ellos a sumarse al festejo. ¡Mujeres y coñac! Esa es la mejor vida para nosotros los piratas. Pero escucha, a veces bebo demasiado y un jefe es un jefe, ¿no?

—¡Quién lo duda!—exclamó Charlemagne chispeantes los ojos de triunfal delectación.

—A caballo no me tambaleo, y aquel bruto blanco que tenéis atado al árbol me servirá de sitial. ¿Me dejas montarlo? Son ya las cuatro y media, y cuando alboree quiero levantar mi copa para dar la señal a mis hombres de que la bebida inglesa y las mujeres martiniquesas nos pertenecen.

—Tuyo es el caballo. Observa cuanto te aprecio que no vacilo en obsequiarte con lo que estaba destinado a ser sacrificado en honor a Malikan tras la elección de las vírgenes.

—Recíproco es nuestro afecto, rey. Acompáñame a montar el caballo; quiero, desde lo alto de la silla, brindar por ti.

Charlemagne ordenó a las bailarinas que hicieran una nueva pausa. Los “tam-tam” cesaron en su tamborileo. Todo alrededor de la explanada estaba cercado por innumerables, martiniqueses que en silencio aguardaban el momento de tomar parte en la danza final con que, alboreando, empezaría lo orgía.

Asiendo por la brida al caballo, el Pirata Negro lo trajo al centro de la explanada.

Refocilándose de antemano y mirando de soslayo los barriles que conteniendo coñac envenenado con hierbas de acción rápida y mortal exterminarían a los piratas que acudirían al reclamo de la próxima orgía, Charlemagne llevó su complacencia hasta colocarse junto a la bota del Pirata Negro cuando éste estuvo montado.

—¿Te gustó la Danza de las Vírgenes, pirata? Nada será

comparado con el festejo que se avecina.

—Tú lo has dicho. Nada será con el festejo que se avecina—y el Pirata Negro, lanzando una sonora carcajada, apoyó sobre la sien del negro la pistola que acababa de desenfundar velozmente—. No te muevas, reyecito, y habla para decirles a tus súbditos que si agitan tan sólo un dedo, el dedo de hierro que te cosquillea la cabezota te la hará estallar en pedazos.

Charlemagne palideció, lo cual en su tez se tradujo por un tinte gris-verdoso. Pero la fría presión en su sien le dio ánimos suficientes para clamar imperativamente:

—Obedecedme todos, hermanos míos! Que nadie se mueva... porque mi vida es preciosa y Malikan me protege.

—¡Deja en paz a Malikan!—rió el Pirata Negro—. Ahora soy yo el que os va a hablar, martiniqueses. Es preciso que sepáis quién es Gastón-Marie Charlemagne, vuestro amado rey.

CAPÍTULO X

Rebelión en Martinica

—Vosotros habéis sido engañados miserablemente por este reyezuelo que ahora tiembla contra el cañón de mi pistola y que sabe que su única posibilidad de quedar vivo es no moverse demasiado. Los maderos gigantescos que anclados en la rada se llevaron a los martiniqueses más jóvenes y fuertes, regresaron sin ellos. ¿Por qué? Porque Charlemagne los hizo vender por los dos blancos franceses a otros blancos de lejanas islas. Los vendió para que bajo el látigo trabajaran hasta morir en plantaciones de cuyo fruto no pueden siquiera beber el jugo, porque los despellejan a latigazos si intentan refrescar sus labios secos mientras trabajan de sol a sol.

—No... no es...

—¡Cierra la boca, negro! Si vuelves a abrirla, te quedarás sordo eternamente. Vosotros, martiniqueses que me escucháis, pensáis quizá de que os miento como un vulgar Charlemagne más. Mirad el cielo, empieza despuntar la aurora. Yo invoco a Malikan, vuestro dios, y él está de mi parte porque me mandó a que desenmascarara a ese bellaco de negro que, obedeciendo a los dos blancos renegados, os ha mantenido en la misma y aun peor esclavitud que la francesa gobernación. Malikan me ha dicho que a los primeros albores mi brazo izquierdo dé una señal a cuya orden mi madero flotante lanzará llamas que hundirán para siempre los otros dos maderos. Y así, nunca más martiniqueses serán enviados encima de las olas a ser vendidos allá, en lejanas islas, para reventarse y morir extenuados por el trabajo de sol a sol.

Los rostros de los mulatos miraron hacia la rada, donde ya los primeros tintes sonrosados del amanecer dibujaban los contornos de

las dos barcazas y el esbelto velero en su centro.

—Malikan os demostrará que Charlemagne ha dejado de ser vuestro rey, y quiere que a él se lo lleve para que su fortaleza divina le castigue obligándole a trabajar siempre, siempre, sin reposo.

Gaston-Marie Charlemagne desde hacía unos instantes sollozaba histéricamente, al oír las última frase del Pirata Negro, sus sollozos redoblaron en intensidad.

—Tiende tus dos manos, Charlemagne, preséntamelas unidas.

Dócilmente, Charlemagne obedeció. Aulló de miedo cuando, asiéndole por las muñecas, y con hercúleo esfuerzo, el Pirata Negro lo levantó en vilo y lo colocó atravesado horizontalmente ante el arzón de la silla, en postura poco airosa, colgantes las piernas y los brazos.

Lo pistola del Pirata Negro se apoyó en la nuca del rey de la Martinica.

—Se acerca el momento en que Malikan os dirá que ha cesado el reinado de vuestro traidor hermano... ¡Ved!—exclamó rápidamente, al percibir las llamaradas que partían de babor y estribor del "Aquilón".

Precediendo en segundos la estrepitosa andanada por ambas bandas, las llamaradas anunciaban que la misión de "Piernas Largas" se cumplía.

Absortos y asustados, los martiniqueses vieron elevarse de las barcazas un denso humo, mientras las bordas del "Aquilón" seguían vomitando estampidos.

Espoleando su caballo, y llevando atravesado en la silla delante de él al semidesvanecido Charlemagne el Pirata Negro galopó hacia la playa.

✲ ✲ ✲

"Cien Chirlos" había ya cumplido también su cometido. Y a la hora que le fue señalada cuatro cañones montados en los cuatro puntos cardinales de la empalizada enmarcaban grupos de piratas armados hasta los dientes que aguardaban un combate más encarnizado que la breve lucha silenciosa en la que habían pasado a cuchillo una cincuentena de adormilados centinelas mulatos.

✲ ✲ ✲

A las cuatro y media, Louis Musson y Jean Perrier entraban en el

palacio gubernamental y se enfrentaban en la gran sala del trono con tres centenares de armados martiniqueses que constituían la selección más escogida de los más fuertes mulatos de Pointe-a-Pitre.

—La sabiduría de vuestro rey—explicó Jean Perrier—está reduciendo a la nada el peligro que para vosotros suponía la presencia de piratas en la isla. Cuando amanezca, los hombres que están en el madero gigantesco bajarán a tierra para contemplar las danzas de vuestras mujeres. Beberán el licor de fuego envenenado, y fácil nos será llegar al madero, donde pocos hombres quedarán vigilantes... Sois trescientos y pronta cuenta daréis de ellos. Quedad aquí hasta que vengamos a vuestra busca.

* * *

Pero Diego Lucientes no cumplió con la orden recibida. No fue culpa suya, ya que sucumbió al sortilegio de suplicantes ojos que en su azul-violeta, por vez primera amables para el madrileño, forjaron para éste una poderosa atracción irresistible.

Las hermanas Lesueur dormían fatigadas por la emocionante jornada que había deshecho sus nervios, cuando Gabrielle de Civry, deslizándose fuera de la camareta, cuya puerta de nuevo cerró, llegóse al puente superior.

La luna rielaba ondeantes escamas de plata que cortaban en estremecimientos brillantes la negra superficie del tranquilo mar. Diego Lucientes paseaba insomne y malhumorado.

—Buenas noches, señor Lucientes —saludó con amabilidad la parisina—. ¿Puedo acompañaros en vuestros solitarios paseos?

Ante aquella desusada suavidad, el estudiante perdió parte de su malhumor y destocóse levemente del tricornio.

—No parecéis estar sumido en alegres reflexiones — comentó Gabrielle.

—Razones tengo, señora. Todos en tierra están, menos esos artilleros que en las piezas veis. Suenan los atabales allá a lo lejos, y yo debo pasearme como noctámbulo lunático lejos de tierra y lejos de mi jefe... Pero la fortuna no me es del todo aciaga; el resplandor de la luna os nimba como al hada de mis sueños infantiles. El hada que ahuyentaba mis lloronas rabietas. Habrá lucha en tierra, y yo me veo obligado a... a serviros de perro guardián. No me miréis con renovado furor; ¡sois tan bella cuando miráis amable. Ved el mar, señora. Susurra blandos murmullos. ¿Sabéis lo que dice? Nos habla

de un alma extraviada; el alma sin brújula de un pobre español que su tierra dejó por rimar trovas inadecuadas a hija de marqués. Fué endureciéndose en la dura escuela do la lucha diaria; halló un caballero en persona de un jefe pirata. Pero vivía sin luz de espíritu, y un día apareció una damita altanera... Rebelóse él contra los quejidos de sus fibras sentimentales, que clamaban sedientos por un cariño puro... Miróse el brazo manco y vióse torpe y desgarbado como un pato que junto a un cisne quisiera estirar el cuello para alcanzar alturas que nunca podrá lograr.

Diego Lucientes al terminar de hablar volvióse hacia el mar. Gabrielle de Civry bajó los párpados, guardando silencio.

—¿Sabéis quién es ella? Vos...

—Por favor, no me obliguéis a deciros que...

—Si un brazo perdí, Gabrielle, dispuesto estoy a enmudecer en mi queja amorosa. Pero quisiera que me concedierais vuestro perdón... Negar no puedo que besaros purificó mi alma, pero perdón os pido.

—Perdonado quedáis, porque adivino que poseéis alma buena, caballero. Pero... si vos amáis sin esperanza, no es porque rencor os guarde, ni porque vuestra figura me desagrade. La noche nos hace hablar más de lo que quisiéramos. Creo... creo que amo a quien odiar pensé.

Diego Lucientes sonrió tristemente; pero se rehízo con entereza.

—¿De mi jefe habláis?—y al mudo asentimiento de ella prosiguió—: El cisne no puede armonizar con el grotesco ganso que soy y justo es que del noble aguilucho admire el vuelo. Si mi jefe es mi rival, un pobre consuelo me queda: deciros que habéis elegido un caballero como no lo hallaréis en fementidas cortes rebosantes de alfeñiques sin hombría real. Y el señor Carlos Lezama es para mí el único mortal que digno considero de hallar paz a su alma junto a vos.

—Gracias, señor. En vuestras palabras alienta un corazón generoso... ¿Puedo suplicaros una merced?

—Ordenadme.

—Ha de ser merced de amigo. Partió vuestro jefe al crepúsculo. He esperado en vano su regreso. Temo por él.

—No os preocupéis; tiene por costumbre meterse en empresas mucho más peligrosas que la de tratar con mulatos acobardados.

—¿Por qué, pues, paseabais como alma en pena?

—Porque hubiese deseado poder estar junto a él.

—Ese es también mi deseo.

—Me ordenó que bajo ningún pretexto saliera de a bordo. Y me lo especificó en tono que raras veces conmigo ha usado.

—Suponed que yo nunca he suplicado; suponed que sufro congojas, y que de todo corazón os agradecería que, en vuestra espada confiando, os rogase que a tierra me acompañaseis…

—Oponerme sería imperdonable. No sé cuál es el castigo a pirata que no cumple órdenes de su jefe, pero más muerte que la que vos me habéis dado, no puede herirme ya.

Y esa fue la razón por la que, hacia las cinco de la madrugada, Diego Lucientes vióse sorprendido en la antesala de entrada al palacio, por un círculo de amenazantes mulatos.

Desenvainando, protegió con su cuerpo a la asustada parisina, y fueron tres los mulatos que, perforados por la veloz punta de la espada manejada diestramente, cayeron ululantes al suelo.

Pero el madrileño dejó caer con desaliento su arma que había creado un prudente vacío a su alrededor, cuando sintió separarse bruscamente de su cuerpo a Gabrielle de Civry.

—¡Ríndete, español, o ella muere! —conminaba Jean Perrier, que manteniendo inmóvil a la francesa por la cintura parapetábase con su cuerpo, asomando el cañón de su pistola por encima del hombro nacarado.

Y Louis Musson, con otra pistola dirigida a la frente del madrileño, presenció cómo a su orden era sólidamente envuelto en ligaduras de fibra vegetal el cuerpo del manco.

Los dos franceses encargaron la custodia de los dos presos a cinco mulatos. Y al frente del numeroso resto salieron de palacio cuando los primeros albores del amanecer disipaban las tinieblas de la noche.

* * *

El Pirata Negro descabalgó frente a la esquina norte de la empalizada, y sin miramientos empujó con la rodilla, antes de saltar a tierra, el cuerpo de Charlemagne, que cayó de bruces al suelo.

—¡Cuerdas para ese belitre, "Cien Chirlos"! ¡A mi bordo le haré justicia!

Con la prontitud que le caracterizaba siempre que de maltratar a

alguien era cuestión, “Cien Chirlos”, ayudándose a codazos y rodillazos, convirtió al gimiente reyezuelo en un fardo amorcillado.

—Habla, Charlemagne, o el bello varón que te mece acabará con tu miserable vida a dentelladas. ¿Para qué y adónde se fueron tus compinches, los dos franceses?

—A palacio—recitó rápidamente el negro, desde donde, al alborear el día, debían, con trescientos de mis súbditos, apoderarse de tu madero flotante, tan pronto tus piratas acudieron a mi festejo.

Gimió aterrorizado el negro al ver encabritarse el caballo del Pirata Negro, montado salvajemente por su jinete, que espoleándolo le obligó a saltar en tres trancos hasta la cúspide de la roca próxima.

Desde lo alto oteó el horizonte; vio en la rada las dos barcazas hundiéndose pasto de las llamas, y en la explanada donde habíase iniciado la Danza de las Vírgenes ahora hallábase reunida toda la población de Pointe-a-Pitre.

Los estampidos del velero comunicando fuego a las dos barcazas, habían enfriado considerablemente los ánimos de los mulatos, y pese a las exhortaciones malsonantes de los dos franceses, huyeron hacia la explanada para reunirse con el resto de la población.

El blanco caballo, relinchando dolorido por el espolazo en sus ijares, trazó una parábola en el aire y a todo galope desapareció hacia la playa. Las nubecillas de arena que sus cascos levantaban señalaron una línea recta: la que conducía hacia donde Jean Perrier y Louis Musson, pistolas en mano, aguardaban la acometida del centauro pirata.

Los dos primeros disparos alcanzaron al bruto galopante en pleno pecho; se encabritó, pero mordiendo sus belfos el Pirata Negro obligóle en postrer esfuerzo agónico a continuar su veloz tranco.

Jean Perrier volvió la espalda para huir ante la avalancha de corcel y jinete; Louis Musson dio frente…

Sin aminorar la marcha que su brutal mordedura había suscitado en el caballo, el Pirata Negro pareció desprenderse de la silla y cuando el moribundo animal tropezaba sin carga y caía para no levantarse más, Louis Musson disparó contra el cuerpo humano que, proyectado en el aire, semejaba un leopardo abatiéndose sobre su presa.

El disparo trazó un surco sangriento en el hombro de Carlos Lezama. Louis Musson, derribado por el peso de su antagonista, intentó defenderse en desventajosa posición. Sintióse aferrado entre brazos que, como lianas, le levantaron en vilo...

Sonó un cuarto disparo, y la bala que a traición iba destinada al Pirata Negro, se alojó en la frente de Louis Musson. Descargadas sus dos pistolas, Jean Perrier desenvainó aceleradamente, mientras, arrojando al suelo el cadáver de Musson, el Pirata Negro avanzó hacia Jean Perrier, espada en mano.

—¡Respeta mi vida, pirata!—vociferó Perrier—. Por mi muerte morirán tu esposa y el manco.

Detúvose en su inexorable avance el Pirata Negro, que, fruncido el ceño, preguntó:

—¿Ardides de bellaco cobarde? Bien sabes que a bordo están todos mis hombres y en especial el manco, al cual ordené que no se moviera.

—Vino a palacio y fue preso con tu esposa. Allí quedan custodiados por treinta mulatos que les darán muerte si a mí algo me ocurre.

—¡Envaina tu espada! Marcha delante mío hasta palacio y si has mentido tiempo habrá de desenvainar. Ahora, obedéceme, que mis dos pistolas están sin emplear.

Los cinco mulatos que custodiaban a Gabrielle de Civry y Diego Lucientes retrocedieron presurosos al ver entrar a Jean Perrier, tras el que las dos pistolas del Pirata Negro indicaban que no era de buen grado que el francés regresaba a palacio.

—¿Treinta mulatos? Mentira era, porque cinco masas oscuras veo que tiemblan como gelatina. Pero no mentiste al afirmar que dos presos había. ¡Vosotros!—y más que ordenar el Pirata Negro rugió—. Desapareced con vuestros pinchos o apestará a carroña negra.

Los cinco mulatos, dando un prudente rodeo, fueron deslizándose, y cuando pasaron a espaldas del Pirata Negro que seguía observándoles con el negro ojo de una pistola iniciaron una desbandada veloz.

Enfundó el Pirata Negro sus dos pistolas, desenvainando.

—Hay que terminar esa tragicomedia, Jean Perrier. Al aire tu espada que evitaré trabajo al verdugo.

El feroz acento del pirata hizo comprender a Jean Perrier que sólo una posibilidad de salvación le quedaba. Las dos espadas chocaron violentamente, pero un misterioso furor habíase adueñado del Pirata Negro, que, apenas trabado el acero, prodigó su insuperable maestría de esgrimista, y aunque el francés era hábil espadachín, fue andando hacia atrás hasta quedar adosado al sillón.

Tendióse a fondo el pirata, y, horrorizada, Gabrielle de Civry cerró los ojos cuando vio por vez primera a un hombre recibir la muerte. La furia de la estocada dejó clavado en el sillón a Jean Perrier, que, brazos abiertos y burbujeante de sangre la boca, mostró su garganta horadada de parte a parte.

El Pirata Negro, con la espada tinta aún en sangre, cortó con certeros tajos las ligaduras que retenían a Gabrielle de Civry y al madrileño.

—¡A bordo, Diego Lucientes!—ordenó Carlos Lezama con seca entonación de contenida ira—. La última misión que de por vida mía te encomiendo es regresar a la empalizada, donde aguardo a las “demoiselle” Lesueur.

El ex estudiante, sin pronunciar una sola palabra, aunque con semblante cariacontecido, partió. Gabrielle de Civry tendió las manos suplicante, acercándose al Pirata Negro.

—Yo fui quien...

—Nada os pregunto ni nada quiero saber, señora. Hay cosas más importantes a las que atender. Venid conmigo, os lo ruego.

La voz seguía siendo tajante e imperativa. Gabrielle de Civry irguió la frente, chispeantes los ojos de naciente irritación.

—Yo no soy un pirata vuestro para que me...

—¡Maldición sobre mí, niña impertinente, si no os corto la lengua de un tajo si volvéis a abrir los labios! Hay trescientas mujeres y casi otros tantos niños que aguardan con inmensa zozobra se resuelva su situación, y me andáis vos con rebrincos de jaquita cortesana. ¡Avante he dicho, que perdí hace minutos la paciencia que almacenaba!

Gabrielle de Civry salió apresuradamente, pero sintió que de nuevo renacía en su alma el odio hacia el insolente y grosero pirata, que se atrevía a calificarla de “jaquita cortesana”.

* * *

Una angustia sin nombre se había adueñado del recinto donde,

al despuntar el día y despertarse bruscamente por los cañonazos del velero, las coloniales francesas vieron al otro lado de la empalizada de espinos el abigarrado círculo de vestimentas piratas, y junto a los pañuelos rojos anudados a las nucas erizábanse los hombros de sables enhiestos y bocas de fusil.

Poco después oyeron, sin verle, gemir a un hombre, reconociendo al hablar la voz de Charlemagne. Y la figura del jinete erguido sobre la roca acabó por llevar una desolación sin límites en el ánimo esforzado de las francesas.

El acrobático salto de la montura que desapareció de la roca con su jinete en nada amenguó el terror de las prisioneras, ya que, inmóviles como estatuas, las espaldas de los piratas seguían montando la guardia.

Cuando, derribadas a puntapiés, saltaron las dos vallas que de puerta servían, toda la infantil grey se asió de las faldas maternas, ocultando en ellas sus caras.

Pero tres mujeres eran las que irrumpían en el interior, y aunque laboriosa y larga tuvo que ser la narración que repitieron hasta la saciedad en distintos grupos, Pulcherie, Odile Lesueur y Gabrielle de Civry, al fin la incredulidad fue cediendo lugar a un pasmo de sorpresa y temerosa gratitud.

—Soy harto conocida, ciudadanas—gritó Pulcherie con ademanes de orador revolucionario—de todas vosotras, y cuando os afirmo que el Pirata Negro ha venido a salvaros debéis creerme. Si pirata fuera de los que no respetan a la mujer, muerta estaría yo. ¡Señor Lezama!

La aparición del Pirata Negro, de cuyo hombro una gran mancha sangrienta se extendía, no fue la más apropiada para calmar la excitación nerviosa, pero su imperativo ademán, mitigado por la sonrisa que esforzóse en hacer amable, impuso un total silencio.

—Toca a fin mi intromisión en asuntos que no me atañían. No puedo permanecer, señoras mías, custodiando isla francesa de negreros. Os ruego, pues, que ordenadamente y sin recelos os dejéis llevar a mi bordo, donde en sus calas hallaréis algo incómodo alojamiento, pero que sólo tres días durará, hasta que os desembarque en la vecina isla antillana francesa de Marie-Galante. Nada más tengo que añadir. ¡“Cien Chirlos”! Avanza hacia la playa con dos cañones y la mitad de tus hombres. Los otros cubriréis la

retirada por si los mulatos sintiéranse hombres, que lo dudo. Señoras mías, si no puedo ofreceros escolta más digna de vuestros rangos, lo lamento. Pero no dispongo de otros medios a mi alcance.

Saludando cortésmente, el Pirata Negro atravesó otra vez las dos vallas derribadas. Pulcherie Lesueur tuvo que emplear de nuevo toda su persuasión...

Desde la playa, a cuya ribera dos lanchas iban y venían constantemente, el Pirata Negro presenció el traslado de toda la población blanca a su velero.

Por entre la maleza asomaba alguna que otra tez morena, mirando con intrigada curiosidad la maniobra de transporte. ¿Llevábase el Pirata Negro a la gente blanca para venderla como esclavos? Y los martiniqueses, con la inconsciencia del salvaje, no pensaban ya en la pronta llegada de naves de castigo francesas, sino en que pronto verían marcharse a aquellos seres de rojo turbante que poseían de Malikan la bravura y la fuerza.



Y cuando en el horizonte fué...

Y cuando en el horizonte fue perdiéndose la silueta del velero pirata, todos los martiniqueses a una olvidaron el porvenir, dedicándose con frenesí de posesos al consuelo de la danza, que filtraba en sus sangres el cansancio que nublaba sus pobres

cerebros.

Epílogo

Terminadas las órdenes de maniobra de levar anclas y zarpar, el Pirata Negro, fijado ya el rumbo hacia Marie-Galante, silbó llamando a “Cien Chirlos”.

—Trae al negro — dijo secamente.

Y en lo alto del castillete, los tripulantes vieron a su jefe cauterizarse él mismo la herida del hombro con la hoja de su puñal pasada por llama.

La herida despedía acre olor a carne quemada, y gruesas gotas de sudor perlaban en la frente de Carlos Lezama, cuando a empellones que carecían de piedad, “Cien Chirlos”, más que traer a un negro enloquecido de pavor, parecía empujar un saco, que tal semejó Charlemagne al desplomarse ante la base del castillete.

—Llegó tu turno, vendedor de carne de tus hermanos. ¿Reconoces que tus crímenes son de los que compasión no merecen?

—Gran rey del mar—sollozó el negro, arrastrándose por entre sus ligaduras y elevando el rostro bañado en copiosos lagrimones—, ¡piedad de mí! ¡Piedad te suplico!

—¿La tuviste cuando mandaste decapitar a los franceses? ¿La tuviste cuando enviaste a la esclavitud a tus propios gemelos de raza?

—¡Los renegados me obligaron a realizar tales atrocidades!—gritó hipando el ex rey—. No dormía…, muchos fantasmas grises…, remordimiento…, mis mujeres me tenían compasión al verme tan abatido…

—¿Qué muerte prefieres? ¿Colgado por los pies? ¿Despellejado y metido en un barril de sal y vinagre? ¿Hervir en caldera de aceite?

A cada interrogación un eco lastimero que brotaba de la

garganta del negro suscitaba grandes carcajadas en los tripulantes.

—¡Piedad, rey del mar! ¡Ya nunca más seré malo!

Esta vez fue el propio Pirata Negro quien rió a carcajadas sarcásticas, colocándose los puños en las caderas.

—¿Por ventura crees que eres niño de escuela y yo preceptor que un deber equivocado te corrige? Los cobardes mueren cien veces antes de morir. La muerte de por sí es deseable, porque es eterno reposo. Pero tú has sufrido las náuseas y los sudores de cien muertes anticipadas. ¡Presta oído, tizón gemebundo!… Me han dicho que te opusiste a que nada les pasara a las prisioneras y a sus hijos; respetaste la libertad de las “demoiselles” Lesueur. En mi balanza se iguala el platillo a tu favor y el platillo contrario. Si soy mal juez, búscate uno francés y compara. ¿Sabes nadar?

—Nunca entré en agua hasta hoy, gran rey magnífico y más poderoso que Malikan.

—Ese meneo de rabo perruno va a hacer inclinar la balanza en contra tuyo. ¿Sabes remar?

—Nada sé, gran rey. Soy un pobre salvaje sin finuras de blanco.

—¡Bribonazo! A mi bordo viniste, y aunque echado en fondo de barca viste quién hacía andar el madero. Recuérdalo, porque quiero verme libre de tu presencia. ¡Metedlo en lanchón con dos remos, un barril de agua pura y tasajo abundante. ¡Presto!

Cuando dentro del lanchón Charlemagne sujetó ávidamente los dos remos, el Pirata Negro le señaló recto frente a él.

—Sigue el camino del sol y darás con islote holandés. Rema continuamente, porque si la noche te sorprende en el mar los fantasmas grises vendrán a arrastrarte al fondo del agua.

La creciente rapidez con la que Charlemagne fue remando y alejándose del velero, que reemprendió su ruta hacia Marie-Galante, provocó de nuevo la hilaridad de los tripulantes del “Aquilón”.

Pero enmudecieron cuando el silbido de “reunión general” dado por el Pirata Negro los agrupó al pie del castillete de proa.

Gabrielle de Civry apareció sobre cubierta, tras los hombres reunidos.

—Las damas francesas quieren, señor Lezama, manifestaros su gratitud y desean que las visitéis—dijo orgullosamente.

—Cumpliré tal cortesía cuando termine con acto de justicia que debe anteponerse. ¡El pirata de mi tripulación que responde al

nombre de Diego Lucientes que dé un paso al frente!

El madrileño avanzó y, cruzado de brazos, descubierto el rojo cabello, mantuvo bajo su sobaco derecho el tricornio.

—Oídme todos los hombres del "Aquilón". Al enrolaros os advertí que mis órdenes se cumplen sin discusión. Quien desobedezca, ha de seguir la suerte que la ley pirata estipula. Si trescientas mujeres y sus hijos se han salvado de muerte horrenda, no ha sido porque todos cumplieran mis órdenes. Ha sido porque el azar estuvo de mi lado, porque uno de vosotros, con su desobediencia, puso en peligro la empresa. ¿Reconoces, Diego Lucientes, ser culpable del delito de desobediencia?

—Sí, lo reconozco. He faltado a mi compromiso.

—Así hablan los hombres, Diego Lucientes. ¿Sabes qué suerte espera al que por su indisciplina en los momentos de peligro pone en trance de fracaso empresa por mi ordenada?

—Perdona, jefe, si estoy poco versado en leyes piratas. Al fin y al cabo, soy el más reciente de tus tripulantes. Pero creo que si yo fuera jefe, me mandaría ahorcar.

—Bien hablado. La horca te espera. ¡Atalo, "Cien Chirlos"!

La exclamación de Gabrielle de Civry fue ahogada por la voz vibrante de Diego Lucientes.

—Debo morir, Carlos Lezama, pero evítame el deshonor de ligaduras. Sabré bailar al extremo de una soga con toda la dignidad posible.

—Así de ti lo espero—dijo el Pirata Negro con sequedad—. Sube por ti mismo a la torreta de mesana.

—No puedo, Carlos Lezama. Olvidas que tengo un solo brazo.

—¿Me lo recuerdas para echarme en cara que lo perdiste por mi barco? Por esa gesta aprecio te cogí, Diego Lucientes; pero por tu acción de esta noche has de morir. Te izaremos desde cubierta. ¡"Cien Chirlos"! Ponle soga al cuello al pirata Diego Lucientes.

El lugarteniente llevaba ya unos instantes anudando un ancho lazo. Lanzó hábilmente un extremo de la larga soga a lo alto y lo recogió en su caída. La soga quedó atravesada y tensa por encima del palo horizontal de mesana. El lazo rodeó el cuello del ex estudiante madrileño...

Un chillido colérico rasgó los aires y Gabrielle de Civry abrazóse frenéticamente al mutilado. Levantó hacia el Pirata Negro un

semblante descompuesto por el odio y el dolor.

—¡No puedes ahorcarlo, pirata sanguinario, por nada! ¡Si me acompañó fue porque yo se lo ordené! ¡Te odio!

—¿Tú quién eres, niña bonita, para mandar en mi barco? Más culpa tiene el hombre que bajo mi mando pospone mi orden a la de una mujer.

—Dejadme, Gabrielle — sonrió tristemente el ex estudiante—. Vuestro postrer abrazo es generoso, pero más me vale morir, ya que, como sólo vos sabéis, soy un pobre ganso romántico.

Airada, la parisina, sin soltar sus brazos de alrededor del cuello de Lucientes, gritó con altivez sincera:

—¡No puedes ahorcar a hombre que mi esposo quiero sea! ¡Y pago rescate! ¡Mi fortuna por la vida de Diego Lucientes!

—No la escuches, Lezama—dijo con mueca que esforzóse en hacer truhanesca el condenado a muerte—. Se cree forzada a mentir para salvarme. Me confesó que tú eras el que ella...

La diminuta mano de la parisina colocóse velozmente sobre los labios del que iba a declarar lo que ella creyó cierto por unos instantes y que ahora consideraba imposible. ¿Cómo podía siquiera haber imaginado que aquel hombre de implacable crueldad, según su punto de vista, pudiera inspirar amor?

—Raro caso es, mis valientes—dijo el Pirata Negro, hablando hacia la tripulación—. La fortuna de la damita es copiosa. Como capitán vuestro debo someter a vuestro juicio la siguiente consideración: un hombre ahorcado carece de valor en oro. Somos cincuenta; votad por la muerte del pirata Diego Lucientes o votad por su ingreso en la cala con las mujeres, porque dejando de ser pirata y dejando de ser ahorcado con su esposa ha de ir. Y la fortuna de ella ha de dividirse en cincuenta partes. ¿A cuánto asciende tu oro, niña?

—Más del que nunca viste junto. Poseo tres castillos en Francia.

—No caben en mi velero. ¿Qué más tienes en materia sonante?

—Joyas y luises que suman cuatrocientas mil piezas de a ocho en oro.

—¡Votad!—gritó alegremente el Pirata Negro.

La tripulación sentía simpatía por el hombre que dio su brazo para salvar al velero. Y más simpatía, mucha más sentían por las piezas de a ocho de reluciente oro. La pregunta de “Cien Chirlos”

fue hecha a hombre por hombre.

—¿Horca o rescate?

—Rescate—fueron diciendo sin vacilación uno a uno.

—No es preciso mi voto, bribones. Quita la soga, guapetón, y déjale en el cuello los brazos de su esposa. ¡A la cala, Diego Lucientes! Dejaste de ser pirata, y a tu mujer perteneces.

Iba el estudiante a hablar, pero de nuevo, con dulzura, Gabrielle de Civry le aplicó la diestra sobre los labios. Desaparecieron por las escaleras de cala.

—Yo iré a cobrar en Francia, mis valientes. Pero no quiero que os retardéis en el cobro. Llévatelos a mi bodega especial, "Cien Chirlos". Y anticípales sobre mis fondos ocho mil piezas de a ocho en oro.

Fue con verdadero ardor de entusiasmo que todos los tripulantes echaron a correr tras "Cien Chirlos".

Solo en la torreta, el Pirata Negro emitió una breve carcajada.

—Caro me cuestas, y maldito seas, Diego Lucientes. Bella mujer te llevas, y yo debo aún poner la dote. Pero... al fin y al cabo, no me hubiese gustado tener en mi conciencia el fantasma gris de tu ahorcamiento, que, aunque de justicia era, dolíame, porque empezaba a quererte como al hermano que nunca tuve.

Encogióse de hombros y pasó a su camarote. Media hora después volvía a salir vistiendo las galas mosqueteras con que Gabrielle de Civry le conoció en el castillo de Kerdal.

Sin aretes ni pañuelo rojo y vestido sobriamente de negro, la entrada de Carlos Lezama en la cala atestada de mujeres y niños produjo mucha mejor impresión que sus anteriores apariciones.

Quitóse el chambergo, que aplicó sobre su hombro izquierdo en amplio saludo.

—Excusad la deficiencia de vuestro alojamiento, mis señoras. Pero sólo tres días lo sufriréis.

Una anciana demacrada y sostenida por dos jóvenes acercóse vacilante hacia el Pirata Negro.

—Aceptad, señor Lezama, en nombre de todas nosotras, la gratitud que en palabras no puede expresarse.

—Recompensado quedo si alguna que otra vez por mí rezáis. Pero perdonadme, señora, si os digo que caprichoso soy. Cuando por vez primera aparecí junto a la empalizada, me abstraje

pensando en dos franceses que insensibles eran a la maravilla candorosa de unas canciones maternales ritmando el baile de varias niñas adolescentes. Vi que mi expresión ceñuda fue mal interpretada, como lógico era, y me prometí que si lograba salvaros, como desagravio pediría que las niñas bailaran de nuevo tan inocente rondalla y sus madres tuvieran a bien cantar como entonces. Sólo que entonces en la canción había tristeza, y hoy, si alegría oigo, algunas de mis malas acciones borrada quedará en el libro de mi cuenta allá en lo alto.

Media hora después, cuando el Pirata Negro abandonaba la cala, y se extinguieron las emocionadas voces de las madres, Gabrielle de Civry, levemente confusa, murmuró:

—Es un loco.

—Es un hombre que tiene un alma que no le cabe en el pecho— replicó vivazmente Diego Lucientes.

—¿Lo defendéis, y os iba a ahorcar?

—Si no hubieseis estado a bordo, al no ahorcarme dejaría de ser el hombre justiciero que siempre ha sido.

Gabrielle de Civry sonrió cariñosamente.

—Me temo—balbució—que seáis tan loco como él. Y quizá... quizá por eso me he enamorado de vos.

El beso que intercambiaron no fue apercibido porque el ruido de alegres besos resonaba en la cala.

* * *

Frente a una bahía desierta de Marie-Galante ancló el “Aquilón”. En la playa ondeaban los blancos pañuelos de los que se despedían de su salvador. Los más enérgicos volteos de pañuelo corrían a cargo de Pulcherie y Odile Lesueur, y ambas hermanas por una vez coincidían en suspender sus aleteos de pañuelo para sonarse frecuentemente.

Los dos últimos en salir fueron Gabrielle de Civry y Diego Lucientes.

—¿Fiáis en mi palabra, señor Lezama? En Francia y en el castillo de Kerdal me encontraréis cuando aviséis. Nadie sabrá vuestra verdadera identidad, que el bravo Jarnac ignorará siempre. ¿Vuestros hombres no protestarán por tener que esperar su pago?

—A bordo de mi barco nadie hasta hoy ha protestado nunca..., aparte vos, señora. Pero no sois, afortunadamente para mí, pirata a

mis órdenes.

Diego Lucientes, cohibido, adelantó la diestra.

—Tampoco yo soy pirata a vuestras órdenes, señor Lezama. ¿Podemos sin rencor estrecharnos las manos?

—Como hombres ahí va mi mano— y mientras estrechaba fuertemente la diestra del mutilado, sonrió Lezama. —Pero como piratas, tarde o temprano uno de los dos habría sobrado. Tenemos demasiado parecido, señor Diego Lucientes.

Poco después, desde tierra francesa, Diego Lucientes miró con nostalgia el velero que se iba empequeñeciendo en la lontananza. Encogióse de hombros y sonrió a la bella sonrisa de Gabrielle de Civry.

Notas

[1] Ver “La carabela de la muerte”. < <

[2] Ver “La bella corsaria”. < <